

Hojas de roble en la laguna...



Julia Ercoreca

Hojas de roble en la laguna...

Julia Ercoreca

A la memoria de Mercedes Roldan

Al amor de mi vida que siempre va
conmigo

Diseño de Tapa-Nahuel Laportilla

Dirección Nacional del Derecho de
Autor

Formulario N°251199

Expediente N°5122857

Prólogo

Lo que puedo escribir es casi la verdad. La subjetividad se pone de manifiesto desde el primer contacto con ella, lo que cualquiera llamaría “amor a primera vista”.

Empezó, cuando pensando actividades para hacer conocido a Don Pancho Ramos, Julia (hija de la autora) nos comentó tímidamente de la obra y más modestamente aún, Julia (la autora) la puso a disposición de las alocadas ideas que, en una Mesa de Desarrollo Local de Santo Domingo, se proponían en este sentido. Poco a poco logramos que saliera de ese capullo, que tan bien la había preservado guardada, hasta el momento y, enfrentando la realidad de quien tiene que crecer y no se anima, una noche, salió a la luz, como cosa del destino en un fogón en la Laguna Kakel.

En realidad, y en el camino de la “casi verdad”, habíamos hecho un ensayo en la Escuela de Santo Domingo, en la que trabajo, con un exigente público menudo, que iba de los 6 a los 12 años, quienes se atraparon en las lecturas y reflexionaron tímidamente, sobre ese pionero, hombre de campo como ellos, que se presentaba en esa sencilla mesa escolar; altivo y grande, tranquilo y atrevido. Benjamín llegó a proclamar “como sería Ramos Mejía, que, siendo un hombre con el color de piel del enemigo, hablando como el enemigo, lo eligen para que sea su amigo”.

Por eso esto es una casi verdad, porque despierta sentimientos que hacen que la objetividad quede lejos, muy lejos.

En esta obra celebran dulce y mansamente la historia y la literatura su unión, casi sin dejar verlas por separado, van juntas, de la mano, en un carro, a caballo o a pie, pero nunca solas, en la inmensidad de la pampa.

Hay muchas formas de contar la historia, si lo sabrá el mundo. La dulzura y armonía que esta obra transmite, esa búsqueda permanente de aromas y colores que te envuelven y te llevan a merodear como un fantasma sobre la mismísima Kakel, hacen que el amor por el terruño, por la pampa de los pampas y don Pancho te queden cerca, al alcance de la mano, del oído, de la vista.

Es la historia narrada, mirando los enconos entre unitarios y federales, a Ramos Mejía conversando con los pampas, y más doméstica y cercana, a Mercedes caminando por el parque de Kakel. Es acercarse a Monsalvo, tapando de a poco, los agujeros y los baches de algunas falacias de la memoria colectiva.

Lorena Zubiarraín

Mis compañeras de Taller

Una historia colmada de desafíos, pasiones y coraje, hilvanada por la poética mirada de la autora sobre hechos y paisajes; la fe inquebrantable del personaje por perseguir sus sueños es un fuego que todavía parece alumbrar.

Mabel Gianneo

Taller de Narrativa Cultura es un espacio donde encontré personas con las que puedo compartir una de las pasiones de mi vida: la literatura, ámbito y tiempo compartidos que agradezco muchísimo. Y, sobre todo, el lugar donde conocí personas maravillosas, que se convirtieron en “amigas” y que son una parte irremplazable y valiosísima de mí y a quienes considero un regalo y una bendición.

Julita: su novela es una belleza, escrita con su inconfundible sensibilidad que nos relata exquisito lenguaje, una historia que nos emociona y enorgullece a la vez.

Felicitaciones por esta publicación tan merecida.

Un abrazo con el alma.

Mónica Alfaro

Tu historia se retiene en la mente, penetra en el corazón y permanece por siempre en el alma de cada lector.

Al leerla una y otra vez se está en la piel de los aborígenes, en la profecía de Pancho Ramos Mejía, en la tierra húmeda de ese lugar, la fragancia de la naturaleza, en la noche trémula donde se ocultan las almas. ¡Descubrámoslas! En esta creación de tu inspiración, Julia, de nuestro querido taller literario.

Con profundo amor y emoción.

Rosa Ramirez

Estamos ante la obra de una autora, que es una lectora incansable desde muy chica, orientada por su papá; todo lo que llegó a sus manos y a sus ojos la transformó en una apasionada de la historia de la humanidad, así es como logra investigar y buceando en los antepasados de nuestro pueblo Maipú, concreta una versión sobre quienes nos precedieron, pincelada con la imaginación y la creatividad que particularizan a “Julita” no sólo en la literatura, sino también en otras ramas del arte.

Susana Sallaz

Una buena historia y un toque de magia: fórmula perfecta para el disfrute del lector.

¡Gracias, Julia, por compartirla!

Sé que has hecho un gran esfuerzo. La puerta queda abierta...

¡Abrazo y felicitaciones!

Tina Franchini

Entre charlas, frases, libros y películas, se desarrolló el Taller de Lectura y Narrativa, dando lugar a una amistad entre las integrantes, con lazos muy sólidos, hallándose ocupando un lugar muy especial por tener en él una participación espontánea, sincera, productiva, creando historias fascinantes, que nos han asombrado, hecho reír, llorar y admirar.

En esta nueva obra has plasmado con conocimiento, fervor y sentimiento la vida de uno de nuestros antepasados, oculto en la historia tradicional, que supo luchar para ser lo que somos hoy los pueblos bonaerenses.

Te deseo lo mejor en esta nueva etapa de tu valiosa y fructífera producción.

Un abrazo con muchísimo cariño.

Mabel Pedretti

Teníamos por delante la seguridad de una noche tranquila, y esos nos volvía alegres y dicharacheros.

Dimos agua a nuestros caballos, los bañamos, arreglamos nuestras prendas de trabajo, ingiriendo un lazo aquel a quien se le había cortado, cosiendo este un maneador, el otro acomodando sus bastos o un bozal. Y esperamos con calma que se nos fuera acercando la noche poco a poco, como una cosa grande y mansa en lo que nos íbamos a ir suavemente de costillas, como un río que va gozando su carrerita en olvido y comodidad.

La laguna hacía en la orilla unos flequitos cribados. Por la parte media en unos juncas ralos gritaban los pájaros salvajes.

Una fatiga grande pesaba en mi cuerpo y en mis pensamientos, como un hastío de seguir siempre en el mundo sembrando hechos inútiles.

Me fui, como quien se desangra.

Don Segundo Sombra
Ricardo Güiraldes

Rumbo a Kakel

Como un arco iris después de la lluvia, así llegó la invitación. Inesperada y atractiva. Las niñas, Maite y Paula, mis dos nietas mayores, habían sido invitadas por sus amigas a pasar la tarde al campo donde trabajan su papá y su mamá, lugar que dista unos pocos kilómetros del pueblo donde vivimos: Maipú.

Se presentaba ante ellas un programa extraordinario, aunque no nuevo, ya que no era la primera vez que concurrirían: jardines, campo, pileta, laguna. Lo que hace las delicias de cualquier chico ¿y por qué no de los adultos? Mi hija debía llevarlas y me preguntó si gustaba acompañarlas. Ni siquiera me detuve a pensarlo. Acepté de inmediato. Tendría la oportunidad de conocer una de las estancias más viejas de la zona cuya historia, además, ignoraba. Así fue que salimos las cuatro rumbo a Kakel como debe ser entre mujeres, hablando sin parar todas a la vez.

Dejamos atrás el pueblo y su somnolienta quietud de domingo, sólo alterada por el ruido de algún automóvil y los ladridos lejanos de los perros.

Un sol de primavera iluminaba la ruta bastante tranquila a pesar del fin de semana.

Unos pocos kilómetros bastaron para llegar al camino de tierra que se encuentra torciendo hacia la derecha. Un enorme cartel invita "Visita nuestra laguna Kakel Huincul" que, en lengua india, quiere decir "entre lomas". Justamente ahí comenzaría nuestro paseo para llegar a destino sin tener siquiera una idea peregrina de lo que iba a conocer. Después de recorrer unos cuatrocientos metros, aproximadamente, el camino se bifurca abriendo sus brazos como una gran letra T ofreciendo dos opciones. Llegados a ese punto, el pescador no duda. Gira raudo hacia la derecha para encontrarse con su pasión: la laguna, el muelle, los botes, tarariras y pejerreyes con quienes librará un duelo desigual, donde uno obtiene la satisfacción de la pieza lograda y el otro encuentra la muerte. No lo piensa el pescador; sólo siente y disfruta. El pez, nada más, quiere escapar. A veces lo consigue. Muy pocas veces...

Nosotras doblamos en sentido contrario, hacia la izquierda, en busca del establecimiento donde nos aguardaban las otras cuatro niñas y sus padres.

En un delgado curso de agua que une el canal con la laguna, hundían sus largas patas unas desangeladas cigüeñas, pretendiendo en vano recuperar la magia perdida para siempre de traer bebés al mundo colgando de sus picos; en ese momento les servían solamente para buscar comida. Frágiles y plateados pececitos serían su festín. Más allá unos blancos cisnes de largos y torneados cuellos negros, aumentaban la belleza de ese lugar.

Era poco más del mediodía, estaba despejado, algunas nubes, lejanas, le dibujaban manchas blancas al sereno color del cielo. El sol brillaba, esplendoroso,

derramando luz y calor sobre los campos. El aletear de una bandada de garzas nos distrajo, por unos momentos, de nuestra conversación, ya muy animada, por cierto.

Las aves volaban, alborozadas, festejando los apacibles días del mes de noviembre. Los flamencos, intentando una travesura, levantaron vuelo poniendo pinceladas de un intenso color rosa sobre el impecable celeste. Más adelante, posadas en el polvoriento sendero, un grupo numeroso de gaviotas, tal vez aburridas de andar entre surcos en pos de semillas o insectos, apenas se elevaron al paso del auto para volver a ubicarse, indiferentes, en el mismo lugar, como esperando la tarde...

Una estructura de metal apareció ante nuestra vista, sobre el costado izquierdo, levantada como una enorme lastimadura en ese paisaje casi virgen. Frío y duro hierro queriendo oponerse tenazmente al incesante empuje de la naturaleza, a quien siempre la humanidad ha querido doblegar. La inteligencia contra las fuerzas naturales. Lucha llevada a cabo de incontables maneras y desde siempre. Durante siglos. Siempre se vuelve a levantar, por más dolorosa que haya sido la caída. El hombre busca un límite que no siempre encuentra.

Cruzamos el puente, dejamos atrás la compuerta, esa gran lastimadura, comenzamos a andar el terraplén, siguiendo el recorrido del canal que surca la llanura como una gran arteria, tratando de llegar al mar para entregar sus aguas.

Los talas, bajos y espinosos, expertos en buscar tierras altas, acompañan de ambos lados junto con los cardos de Castilla cuyas flores vestían, en ese momento, su plenitud color violeta.

Mi hija me iba contando retazos de historia de la familia, pioneros de estos lares, antepasados del actual dueño, escuchados de boca de alguien que no recordaba con exactitud. Historias de los primeros propietarios del lugar, protagonistas de la epopeya argentina en pos de su independencia y consolidación. También de sus descendientes, aunque la gesta sin igual de su fundador era la que me había atrapado. Estaba cada vez más subyugada por el relato y por el escenario natural donde habían ocurrido tantos acontecimientos.

Muy cerca de allí, y perteneciente a la misma familia, se encuentra otra antigua estancia cuya hermosura me cortó el aliento cuando la conocí. Las paredes exteriores de la imponente casa están totalmente cubiertas de una planta trepadora de hojas verde brillante que van cambiando de color, del amarillo al naranja, del naranja al rojo, como un atardecer de estío, a medida que crece el otoño para luego perderlas a todas cuando el invierno, tirano, así lo exige. Desnuda, esperará la primavera, que volverá a vestirla con las hojas y color perdidos. Está rodeada de aguas, jardines y bosque donde las invasoras enredaderas van cubriendo el piso, trepando descaradamente en

cada árbol que encuentran a su paso pretendiendo alcanzar su altura. Y la laguna. La otra laguna. Es una pintura casi perfecta.

Esa casa alberga un cuadro, desconozco el nombre del artista que lo pintó, de las tropas de Lavalle donde se destacan claramente a dos miembros de la familia Ramos Mejía y a uno de la familia Madero, que acompañaron hasta Bolivia los restos del General. Esa última y penosa marcha donde los hombres demostraron su fidelidad más allá de la vida, más allá de la muerte. Se encuentra también un curioso y antiguo mapa de la provincia de Buenos Aires; llama la atención porque está girado, es decir, con el sur hacia arriba.

Mi curiosidad iba en aumento.

El camino, escoltado de ambos lados por sembrados verdes, más claros, más oscuros, tupidos, prometedores de buenas cosechas, sube y baja suavemente mientras dobla buscando el casco.

Dicen los lugareños que en los campos donde hay lagunas, la parte más alta, es decir, las mejores tierras, están de espaldas al agua y de frente a la salida del sol. Pues bien, allí están las lomas que identifican al lugar; hacia allá lleva el camino que nos conduciría al corazón de la estancia que lleva el nombre de un cacique: Kakel.

Nos aguardaban los enormes ombúes, cuyo aspecto parece negar su condición de arbustos, para darnos la bienvenida. Ya alcanzábamos el inmenso monte que veníamos divisando de lejos, en una zona donde no los hay, al menos, naturales. Ideas precursoras, muchas manos, semillas y retoños, lograron esta extraordinaria arboleda. El sol, la tierra fértil y las lluvias habrán colaborado para que esta gran empresa se haya convertido en lo que hoy es: un regalo para los ojos.

Enormes, orgullosos y bellos, los centenarios árboles plantados por decisión de sus dueños, van marcando el sendero de suaves subidas y bajadas, que finalmente nos depositaría en la casa. Todavía quedaban sobre el suelo algunas ocre, rojizas, reseca y abatidas hojas que el otoño obligó a caer y allí quedaron, destacándose sobre la tierra renegrida y húmeda como un muestrario esclarecedor del cambio de las estaciones.

Los rayos de sol se filtraban por entre las ramas dibujando círculos amarillos sobre el césped, cambiando, prepotentes, los colores de ramas y cortezas ásperas.

Las raíces pugnan por salir y escapar de esa tierra que las aprisiona, pero su destino vegetal se lo impide. Y su condición. La raíz es hembra. La raíz es mujer. Mujer principio. Mujer simiente. Mujer fecunda que estallará en flores y frutos y continuará la vida, milagro cotidiano que a menudo se vuelve tan invisible. Como las raíces.

Un poco más adelante, a ambos lados de la entrada, dos columnas sosteniendo sendas imágenes que ya me ocuparía después de averiguar a quiénes representan. Detrás de cada una de ellas una palmera y un aguaribay cual vestales custodias celosas del arte.

De pronto algo llamó mi atención. Un cartel, o un mojón, de hierro forjado, de un color entre celeste y verdoso, resultado del implacable paso del tiempo, clavado en esa tierra que supo de gauchos y malones. Nos detuvimos. Bajamos del auto. Leímos: Balcarce-Dolores 62.500 m. Indica lo que otrora fue: marcador de las distancias en el antiguo camino de las carretas. Hay quienes sostienen que se halla desplazado de su lugar de origen, ya que no coinciden los 2500 metros entre un punto y otro que entonces señalaban. Eran caminos que comunicaban estancias, fuertes, poblados. Aunque más que caminos eran espacios que unían sacrificios e infortunios, alguna que otra fatigada esperanza de una vida mejor, miradas tristes que se perdían en el horizonte igualmente triste y desolado, suspiros profundos, pocas palabras, mucho silencio. Eran las pocas venas de un gran cuerpo que recién se estaba gestando.

Aquí nace un camino que lleva derecho hacia la casa, pero se encontraba clausurado, por lo que seguimos andando hacia la izquierda.

Fue todo uno: verlo, cerrar un momento los ojos, e imaginar las enormes y rústicas carretas, cruzando entre montes de cedros, robles, castaños y arces de reminiscencias europeas, conducidas por hombres fuertes abrigados con ponchos pampas, ir y venir de lujosos carruajes llevando en su interior vestidos largos y cabellos recogidos, enaguas y puntillas susurrando intimidades, oír los cascos de los caballos, el chirriar de las ruedas, intuir sueños rotos dormidos en el pescante...

Nos íbamos acercando y nuestra conversación agonizaba. La belleza del lugar, la magia de ese bosque, los testimonios de una época que se fue, habían acaparado nuestra atención y el silencio era el absoluto vencedor de una dura batalla. El asombro me había invadido. Había escuchado con profunda atención el relato y me parecía que había ciertas coincidencias, cabos sueltos que pedían ser unidos; quería saber más; estaba inmersa en una maraña de imaginación y datos históricos y pretendía... ¡vaya pretensión!... como un pescador que arroja el anzuelo al agua poniendo toda su energía porque tiene la convicción de que algo va a pescar, tirar el anzuelo al agua y recoger... no lo sé... mi espíritu se sentía inquieto... el aire que respiraba me parecía diferente... el olor de las maderas llegaba hasta mi nariz como envuelto en las brumas de otro tiempo... todos mis sentidos estaban atentos... suponía que una historia venía a mi encuentro... ¿sería capaz de escucharla?

Como abriéndose paso el sol entre la neblina de las mañanas húmedas y frías, creí ver llegar una crónica chiquita, como tantas. No de esas que conmueven en su

momento, a la opinión pública, sino las que permiten ver a personas de carne y hueso en los nombres que, hasta encontrarlos, han sido un monumento, una foto de familia o una tumba olvidada. Personas que amaron, rieron, lloraron, palpitaron. Se cayeron. Se levantaron. Aprendieron y crecieron. Que de eso se trata la vida.

Los cantos de los pájaros se escuchaban todo el tiempo y por todas partes, pero no era fácil identificarlos entre tanto follaje. Como no era fácil volver a la realidad, no. Mis pensamientos, mi imaginación, navegaban en un mar de amores, milicos, gauchos, indios. Un torbellino de seres y hechos me envolvía y me empujaba no sé dónde...pero había algo más...algo difícil de olvidar... que quedó flotando entre las palabras dichas y calladas, siluetas difuminadas entre las penumbras aparecidas, fantasmas queriendo volver del olvido, figuras, nombres y apellidos flotando en el espacio de la memoria; como un telón que se corre mostrando los actores de un tiempo ido...mezcla de sorpresa, curiosidad y deslumbramiento...casi me sonaba a cuento...¿Una condesa rusa en las pampas argentinas?

LA ESTANCIA

Seguimos andando dejando atrás las dos columnas; de repente se abren dos caminos bordeados de casuarinas. Tomamos el de la izquierda y otra vez un par de pedestales a modo de entrada sosteniendo cada uno de ellos un galgo ruso. ¿Por qué galgos rusos? Mi ignorancia sobre los perros es absoluta pero así me lo parecieron. Rusos. Mis pensamientos se atropellaban con más preguntas que respuestas. Siguiendo una especie de avenida se levantan a ambos lados, enfrentadas entre sí, dos construcciones iguales con techo a dos aguas, ostentando extraños y antiguos adornos en sus paredes. Engalana a cada una de ellas y ofrecen su sombra, dos soberbias magnolias. Las rosas derrochan color y perfume desde ambos frentes.

Más adelante hay una enorme explanada que va a morir a una suerte de barranca. Dicen que hubo allí una casa en forma de castillo que fue devorada por un gran incendio. No quedó nada de ella. ¿Quién la construyó? ¿Quién la habitó? Apenas algún recuerdo...memoria que, a veces, se confunde con la leyenda...Hacia la izquierda y por detrás de una de las moradas, hoy pintadas de un tono rosa intenso, se halla un galpón con una rara y ajena forma de pequeño castillo que, según cuentan, repite la línea de la casa devastada por el fuego. Las palabras se asoman, llegan al trocico lento, van creciendo hasta alcanzar un galope tendido en medio de una polvareda de mitos y de historia.

Cuentan que a las 6 en punto de la tarde se oyen, a veces, ruidos de carruajes, pasos apresurados, galopes y lanzas, fantasías alimentadas en ruedas de peones entre mate y mate, teorías abonadas en noches de luna llena, conversaciones casi obligadas mientras va tomando punto el asado en el asador...con esa forma de contar, igualito como se toma el mate, lento, saboreando cada trago sin apuro entre uno y otro hasta cambiarlo de mano; voces graves, las palabras van saliendo de las gargantas, sencillas pero claras...las pausas largas entre un comentario y otro...una voz, crecida en el silencio, deja escapar un...Ahá!; elocuente y solitario, como asintiendo pensamientos propios y ajenos, para perderse otra vez en un mutismo que volverá a ser quebrado por otra sarta de palabras a las que seguirán nuevas pausas...Fluyen así los relatos, mezcla de realidad y leyenda, entre humo, rescoldo y cenizas, donde más de uno se queda pensando...y el silencio, por tiempo largo, se va quedando en el fogón.

Desandamos lo recorrido, volvimos al punto donde habíamos tomado hacia la izquierda y giramos en sentido opuesto, recorriendo los últimos tramos de la anciana arboleda, presintiendo la alegría del encuentro con la familia que nos esperaba.

De repente, faltando los últimos metros, se presentó ante mis ojos una casa grande, muy bonita, rodeada de palmeras, altas y exuberantes, casi escapadas de otras latitudes, blanca, de dos plantas, con una especie de torre en su parte superior

por sobre el techo. Por delante y sobre la entrada principal, hay un cartel de hierro forjado, grande, con una inscripción que, en ese momento, no tuve en cuenta. Estaba tan impresionada con la belleza del lugar y con la certeza de que había habitado esa casa una condesa rusa, que no podía ordenar mis pensamientos ni observar siquiera de una manera prolija y racional. Mucho menos al encontrarnos con las personas que nos esperaban. Precioso instante entre gente que se quiere, dentro de un escenario de gran hermosura. Besos, abrazos, gritos y risas de las niñas, charlas apuradas y encimadas entre los recién llegados y los que aguardaban pretendiendo contar en minutos lo que razonablemente llevaría más tiempo. Pero la alegría del encuentro es ésa: euforia, ademanes, ruido. Pasado este encantador momento, la mamá de las cuatro niñas, Mercedes, nos invitó a dar la vuelta alrededor de la casa disfrutando, a la vez, del parque y de sus árboles, ya que la tarde, dulce, acompañaba. Un sí rotundo escapó de mis labios. Enseguida nos pusimos en movimiento. Íbamos a abrir, inesperadamente, una puerta que nos llevaría como por arte de magia al túnel del tiempo.

Sobre uno de los lados de la vivienda se encuentra un cañón, oxidado y venido a menos, sin perder por eso la presencia intimidatoria de un arma letal.

Contó Mercedes que tuvo que ver con la revolución de los Libres del Sur, aquel primer grito contra Rosas en 1839, ése donde mataron a Pedro Castelli, hijo de Juan José y exhibieron su cabeza en la plaza de la ciudad de Dolores. Serviría de escarmiento.

Desgarrado estaba el país entre Rosas y Lavalle.

Guerreros celestes y colorados templaban sus sables en la peor de las fraguas. Sus filos abrirían la más dolorosa y profunda herida a la patria recién nacida con aspiraciones de nación. Una misma sangre dividida y enfrentada, necesitaría muchas décadas para cicatrizar. Unitarios y federales. Razones de unos, razones de otros ¿es posible la razón por la fuerza de las armas? Poco entendimiento, demasiado dolor... ¿por qué la lágrima ha de ganarle a la sonrisa?...

Pero eran tiempos de definiciones, había que tomar partido. Esta familia vestía trajes unitarios, o, al menos, antirrosistas, lo que los ubicaba en situación peligrosa. Al punto de que sus campos fueron confiscados y restituidos, alguno después de la batalla de Caseros, el gran triunfo del General Urquiza sobre Rosas con un ejército de extranjeros. Los Ramos Mejía recuperaron 40 leguas de las 60 confiscadas durante el gobierno de Rosas. Organizaron 4 estancias: Miraflores (Ezequiel), Mari Huincul (Matias), Kakel (Magdalena de De Elias) y Chacabuco (Marta de Madero).

Además, como si todo esto fuera poco, eran parientes de Juan Galo de Lavalle, un claro opositor, quien estuvo refugiado en la chacra de Tapiales.

No se sabe cómo llegó este cañón a este lugar. Seguramente habrá otros en otros lados, imperturbables y mudos testigos de un tiempo pasado que de alguna manera ha ido quedando en una inscripción, en un objeto, en un documento o en tantos testimonios que llenan los museos y nos van arrimando la historia de a pedacitos.

Seguimos rodeando la casa y nos encontramos con un aljibe de mármol blanco delante del acceso posterior. Quien se acerque a su brocal deberá enfrentarse a cuatro leones con las fauces abiertas, también bañados por la pátina del tiempo de un color verde azulado. Lo curioso de esta pequeña construcción, destinada a almacenar agua, es que fue traída de Rusia. ¿Acaso los galgos también?

Creo haber dado más de diez vueltas a su alrededor esperando que me contestara tantos interrogantes que formulaba mi mente. Ante la evidencia, fatal y absoluta de que no lo haría, seguimos con nuestros pasos, siempre en derredor de la casa, mientras veíamos a la centenaria magnolia, cuyas hojas verdes, brillantes protegían sus olorosas flores blancas, hasta dar con una pileta y un estanque, de iguales dimensiones y enfrentados entre sí. Son el punto de partida de una doble hilera de álamos, ángeles guardianes de un sendero que conduce al pequeño muelle sobre la laguna. El mismo muelle en el que amarraban su bote, muchos años después, los niños Obejero Urquiza Landivar, descendientes directos del primer dueño. Ocupaban sus tardes en navegar sus aguas, atrapar algún animal y, de paso, alguna travesura. Seguramente hoy no entenderán sus nietos, hijos de la tecnología, tanta nostalgia.

Acabamos de dar la vuelta a la vivienda hasta llegar nuevamente a la entrada principal, inicio de nuestro recorrido. El viejo cedro, de tosco y oscuro tronco, pringoso de tanta resina, de cuyas ramas cuelgan miles de agujas, nos vio llegar con las niñas trepadas en sus ramas. Sus gritos y risas nos llegaron contagiándonos su alegría.

¿Cuántas generaciones de esta familia, que con el transcurrir de los años fueron dividiendo sus tierras y vuelto a dividir, habrán visto cómo sus hijos se encaramaban, traviesos y divertidos, a este mismo cedro que, benévolo, los deja hacer? Él lo sabe, pero no lo cuenta, es su secreto.

La estancia Kakel es sólo una fracción de lo que primitivamente fue Miraflores. La estrella que encendió don Francisco Ramos Mejía se fue multiplicando formando una constelación que abarcaba casi la totalidad de lo que es hoy el partido de Maipú que, en lengua indígena, significa “tierra allanada”.

La mamá de las niñas nos invitó a conocer la casa por dentro. Esto ya era más de lo que cabía esperar. Iba a introducirme en un lugar donde habrían ocurrido

sucesos como en cualquier familia, sólo que ésta tiene la particularidad de involucrar pedazos de la historia nacional.

Al abrir la puerta y franquear el umbral me envolvieron la fascinación y el deslumbramiento. Hasta creo que mi corazón latía distinto, tal vez un poquito más apurado. Los generosos ventanales dan paso a la luz que inunda hasta el último de los rincones. A ambos lados de la estufa a leña duermen un sueño de años, viejos libros escritos en inglés, francés, alemán...aroma único de papel y tiempo...Los cuadros negros y blancos del piso me llevaron a ver personas moviéndose al ritmo de un foxtrot o un charleston, o a una mujer tendida en una chaise longue leyendo un libro de moda, tal vez fumando de una elegante boquilla.

Imaginaba ese salón principal, hoy casi vacío y con paredes desnudas, repleto de muebles de estilo francés o inglés, adornos traídos de quién sabe dónde.

El resto de las habitaciones y demás dependencias de la casa, sin igual muestrario de otra época, contribuían a crear una sensación recién inaugurada de estar en un espacio donde las puertas, los postigos, las ventanas querían contarme algo.

Después de acceder a la planta alta, donde sólo hay una amplia habitación y un baño, por una escalera, se encuentra otra, más angosta y empinada, que conduce hacia una especie de ático, desde donde se divisa todo el jardín que rodea a la vivienda y hasta sus propios techos. Es la torre que vi al llegar.

Es el mirador. Es el lugar elegido. Tiene un encanto propio. La luz es la dueña indiscutida. El viejo escritorio que ha sabido de papeles y de tintas, se apoya indolente sobre una de las ventanas; quien tome asiento en él mirará en derredor y le llegarán a raudales el aire, el verdor y el cielo que desde ahí se alcanzan. Las horas bostezan esperando que transcurran los minutos, y si no lo hicieran, nada se alteraría; mientras, la claridad empuja a las sombras que, imperceptiblemente, van cambiando de sitio. Debe ser muy fácil, sentado ahí, dejarse llevar por pensamientos, acunarse por visiones mientras se escuchan los sonidos externos, abstraerse de manera total, evadirse de modo de no estar donde se está...nada parecería poder perturbar la atmósfera de ese lugar casi mágico.

Detrás de la mesa de trabajo algo llamó poderosamente mi atención: una cama inusualmente alta. Aquí dormía ella. La condesa rusa. Necesitaba de un butacón para encaramarse y así descansar. Me preguntaba cuál habría sido la razón de tan extraña elección.

Sobre una de las paredes una enorme biblioteca guarda una gran cantidad de textos, prolijamente ordenados, que pertenecen a su actual dueño, quien gusta sentarse y escribir en ese escritorio flanqueado por los libros.

La casa estaba abandonada, cerrada desde hacía mucho tiempo. Su propietario ubicó a nuestros anfitriones aquí, quienes habían estado trabajando previamente en otra estancia, también de su propiedad, la bellísima Santa Elena. La del cuadro y el mapa.

El padre de las niñas es el actual encargado de la estancia Kakel, y su esposa, Mercedes, es la encargada de recuperar este solar. Tal vez nunca vuelva a tener el esplendor perdido, pero sí limpieza, pintura, cortinas, muebles restaurados, en fin, un montón de intentos tras la búsqueda de su encanto de antaño...pero...precisamente a esta familia...

Al salir nuevamente al parque, después de recorrer y observar lo mejor que pude cada una de las dependencias, recordé el cartel que había visto al llegar. Me alejé unos metros para verlo mejor; está hecho de hierro negro, no sé calcular sus dimensiones, pero sí recuerdo lo que dice:

ADDA
DENASSAU
PUSHKINSE
ÑORA DE ELIA1939

Una corona del mismo material se apoya sobre el nombre ADDA. Mejor dicho, sobrenombre. Así la llamaban, cariñosamente. Adda.

Ahí se me presentó ella, la condesa rusa de las pampas argentinas, la señora de Máximo Manuel de Elía y Ramos Mejía.

El apellido Pushkin me resultaba tan conocido...

Estaba fascinada. Hasta llegué a imaginar que me acababan de presentar a la esposa del nieto de Francisco Ramos Mejía. Mi loca cabeza no cesaba de representar imágenes, ideas, situaciones de una realidad que no había conocido.

¿Qué significado tiene la fecha? ¿Los diez años del fallecimiento de su marido? ¿Los cien años de la revolución de los Libres del Sur? ¿La fecha en que fue construida? Quería conocer tantos datos que en ese momento no me supieron dar, pero ya trataría después de dar salida a tanto interrogante. Y si no encontraba las respuestas me conformaría con el sorprendente abanico que se había abierto ante mi atónita mirada.

La casa añosa, soberbia, fiel testimonio de una Argentina que fue rica, ostentosa y amante de Europa, aguarda las manos de esta joven mujer que, curiosamente será la encargada de recuperarla y ¿Seguirá conservando su nombre?

Al llegar a esta instancia mis tribulaciones aumentaban y mi fantasía había perdido todo límite. Trataba de unir datos y conformar una persona, pero no lo lograba. Me faltaba información. ¿Habrà atravesado estos salones una persona de andar

cansino y entristecida tras la pérdida de su esposo? ¿Habr  colmado de risas y palabras estas habitaciones?  C mo fue la vida aquí dentro?  Qui nes estuvieron?  Qu  personalidad tan fuerte la habitó para que identificaran la casa con ella? Porque a la casa...la llaman...la Rusa.

PANCHO RAMOS

Las lluvias, asiduas visitantes de esa época del año, cuando ya el otoño, frío, anunciara que, indefectiblemente, habría que soportar el invierno, anegaban los pocos caminos existentes dificultando el paso de las carretas, casi único medio de transporte llevando elementos esenciales. La escarcha, cubriendo las aguadas, quemaba las manos que intentaban quebrarla en gélidas mañanas, aguardando que brillara un poco más el sol para aliviar, con su tibieza, un poco nomás, el frío reinante. Los días acortados de la temporada invernal dejaban poco tiempo para las tareas cotidianas. El viento, que cuando sopla fuerte parece atravesar el cuerpo y llegar hasta los huesos como finas agujas que se clavan, impiadosas, sacudía los árboles, doblaba sus ramas provocando gemidos de madera. Sobre todo, si venía del sur. Los animales soportaban, estoicos y acostumbrados, todas las penurias, porque ya vendría, después, la primavera; junto con ella temperaturas más altas, nuevos vientos y pasto, mucho pasto para regocijo de vacas y caballos.

Si de verano se trataba, sumado al agobiante calor y a la humedad que iba y volvía, se agregaba la inacabable tortura de mosquitos, tábanos, y jejenes, mortificando hombres y bestias por igual.

La noche traía el alivio del refresco junto con el merecido descanso. Serían unos pobres catres quienes ofrecerían lugar para el reposo en unos míseros ranchos con piso de tierra. Luego, al despertar, ni bien amaneciera, vendrían el mate y las mismas faenas.

Repetidas, cansadoras e inevitables. Sin saberlo, estaban echando los cimientos de un futuro país agroexportador, aunque ya los saladeros eran el prólogo del libro por escribirse.

La soledad es un fantasma que se agita cuando menos se la espera y suele llegar acompañada de los propios miedos. Seguramente rondaba esos sitios y se hacía presencia insoportable en los hombres que se habían atrevido a poblar estos lugares; se les haría carne, una víscera más de esos cuerpos templados como el acero, al calor del peligro y del trabajo.

La Cruz del Sur, esa antorcha para los que andan los caminos, era una de las pocas referencias para aventurarse a campo abierto, montado a caballo, con la única compañía de la luna plateando los pajonales, en medio del desierto difícil y mudo.

Se necesitaba bravura. Convicción y coraje. Era menester para poder abandonar las mieles de los salones porteños, las comodidades que brindaba entonces la ciudad, para encarar la vida rural. Y no sucumbir.

Adiós a los mates en bandejas de plata, los chocolates de las tertulias, los pianos sonando...

Aunque ya los había abandonado tiempo antes. La vida mundana no se había hecho para él. Se trasladó a Tapiales donde tenía una panadería y una pulpería heredadas de su padre. Allí conoció al sacerdote Lacunza quien, en ricas y prolongadas charlas, le ayudó a ver más claro en sus convicciones religiosas, las que habrían de determinar sus próximos pasos.

La línea de frontera la marcaba el río Salado, protegida por el Fortín, por decisión del virrey Vértiz en el año 1779. Ya Juan de Garay había dispuesto el régimen de tierras. Y algunos se habían animado como don Clemente López Osornio, abuelo de don Juan Manuel de Rosas.

Más allá del río estaban los indios, guerreros y desconfiados, galopando las llanuras y asolando poblaciones indefensas en atrevidas avanzadas.

Sólo Dios, su Dios, a quien interpretaba de manera tan particular, casi hereje para unos cuantos, y él, sabrían lo que le había llevado tomar esa decisión.

Cuando todavía estaba caliente en los corazones el grito de Mayo, decidió cruzar esa frontera, mitad agua, mitad agallas. Don Francisco Ramos Mejía. Después lo harían otros, como Lara y su cuerpo de blandengues que acabaría fundando la ciudad de Dolores. Y conocidos hacendados como Rosas, futuro gobernador de la provincia de Buenos Aires y nieto de López Osornio; dueño de los saladeros, gran porvenir económico y un tanto responsable de lo que se gestaría pocos años después.

Ramos no portaba armas. Sus manos tan sólo sostenían la Biblia. Con su corazón abierto, su mente ágil y el libro sagrado se atrevió a abrir la tranquera de las pampas.

Ramos Mejía no lo hizo solo, sino acompañado por su hombre de confianza, quien sería, más tarde, el capataz de la estancia que iba a fundar: Miraflores. Un baquiano, paisano de alta talla, barba negra como su pelo y mirada dura.

Un aristócrata criollo y un gaucho corajudo juntos, alimentados de mutua confianza, en este desafío donde se les podía ir la vida irremediablemente y donde un gesto o una mirada hablaban mucho más que algunas palabras. Un entendimiento entre dos almas en comunión cuando el ademán es más elocuente que el discurso. Nobleza sin vueltas. Gente de un solo paño.

Este hombre se llamaba José Luis Molina, gaucho y lenguaraz, granadero de San Martín, héroe de las batallas de Tucumán y Salta, aquellas donde el General Manuel Belgrano se cubrió de gloria y desde entonces empezó a escribirse su nombre con mayúsculas. Fue quien urdió la estrategia, años más tarde, en la batalla de Patagones, ahí nomás, donde termina la provincia de Buenos Aires, el 7 marzo de 1827, dejando sus caballos en el cerro y distrayendo a los enemigos. Éstos, creyendo que ahí estaban las tropas, subieron mientras los hombres de Molina prendieron fuego

alrededor sitiándoles en un círculo ardiente y resultando fácil su captura. Lograron vencer para siempre a la escuadra brasileña y ahogaron en el río Negro sus afanes invasores.

Al escuchar el relato de estos sucesos mi asombro aumentaba. Patagones. Carmen de Patagones, histórico pueblo que, desde el muelle trepa, jadeante y lento, hasta alcanzar la iglesia, cuyo campanario simula estar en puntas de pie queriendo alcanzar el cielo y protegiendo la bandera arrebatada a los portugueses en aquella memorable jornada. Se extiende entonces, a ambos lados de la iglesia y crece hacia delante buscando el norte, o, en sentido inverso, camina, llano y ágil, arrastrando sus años por la preciosa calle de escalones de piedra gris, buscando el río. Que allí abajo, ancho y correntoso, sigue su curso sin detenerse, mientras los sauces llorones le arrebatan el agua.

Mis veranos en Patagones, en casa de mis tan queridos tíos, no eran mis veranos si no me llevaban unas cuantas veces al cerro de la Caballada escuchando por centésima vez la apasionante historia de esa batalla que, sin lugar a dudas, contada por la gente del lugar, tiene otro sabor.

Y a mirar el río.

Será por eso que me gusta el río.

Porque el lago está ahí, quietecito, mío cuando lo miro y no puede huir, aguas de milenarias gotas tan mansas que invitan a mirarlas mientras los relojes detienen su marcha y los pinos respiran tranquilidad.

El mar, revoltoso y bochinchero, también viene hacia mí a cada instante, con fuerza brutal, rugiendo y ofreciendo sus olas colmadas de espuma blanca, de algas y de caracoles. Se retira y vuelve con la misma fuerza una y otra y otra vez...

En cambio, el río es como una muchacha en flor, como una joven silvestre, virginal y esquivo, arrollador, caprichoso, urgencia temprana que escapa sin saber de dónde viene ni hacia dónde va. No es preciso esperarle, siempre está llegando, siempre se va...

Será por eso que me gusta tanto el río...

No lograba entender, pero sentía que, hechos, aparentemente aislados, están ligados por hilos invisibles que en algún punto se encuentran ¡Y cómo podía tener yo la arrogancia de unirlos!

No solamente pactó Ramos Mejía con los indios, sino que pagó un precio por sus tierras, les enseñó a trabajar, aprendieron a sembrar usando el caballo y dejando caer en la tierra pródiga las semillas de trigo, cebada y maíz que contribuirían a la transformación del país. Su trato con los “salvajes”, como repetían los altivos salones porteños, fue completamente atípico y responsable de su amargo final. No usó sus

manos para el castigo sino para tenderlas cálidas, abiertas, leales, ajenas a prejuicios muy arraigados, supongo, en esa época.

Armonía, paz y trabajo fueron los ingredientes del pan que amasó Ramos Mejía para compartirlo con sus gauchos y sus indígenas desde unos miserables ranchos de adobe perdidos en la inmensidad de las pampas. Una hazaña poco reconocida.

Dos países empezaban a dibujarse con lápices de distintos colores.

Uno elegía el color oscuro de las armas y el otro, el de Ramos Mejía, el color claro de la convivencia en paz y el trabajo compartido con los indígenas. Al punto de dirigir sus estancias bajo la llamada Ley de Ramos: vivir sin armas, sin alcohol, sin juego, sin concubinatos, sin adulterios. Iguales derechos para blancos e indios.

La política, el poder y las ambiciones empañan y tuercen el rumbo de los acontecimientos. De haber primado el accionar de Ramos, con otra tinta se habría escrito la historia. La posteridad juzgará si acertada o equivocada. Cometió un error, si es que así se le puede catalogar. Respetar la dignidad de los indios, convivir con ellos, lograr el ascendiente que tuvo sobre las tribus pampas y el innegable prestigio alcanzado, que llegó hasta la cordillera, a pesar de los brutales informes del dominico Francisco de Paula Castañeda, tuvieron un precio demasiado alto. Buenos Aires no perdonó tamaña osadía. Tuvo que soportar Ramos la traición hecha degüello sobre más de 80 indios fieles, en las márgenes del arroyo Chapaleofú, a quienes se encargó de darles cristiana sepultura y clavar una cruz en el lugar, donde hasta no hace demasiado tiempo se conservaba. Un pedazo de esa cruz, lo que queda de ella, hecha de madera y dolor, está guardada, hoy, en algún rincón de la estancia Kakel, precioso relicario de un ayer no del todo conocido.

Llegó luego el confinamiento en su chacra de Tapiales. ¿Y por qué el nombre Tapiales? Según dicen era, en esa época, la única finca rodeada por tapias a la manera de antiguas murallas protegiendo la gran casa, la que se convertiría en prisión, en escenario de hechos históricos y en la última morada de su dueño. Hoy es Monumento Histórico Nacional. Está situada dentro del Mercado Central de Buenos Aires y el cielo que lo cubre lleva el nombre de este pionero.

Los malones sobre las poblaciones de Salto y Lobos, llevados por otras tribus que eran araucanos, no como los pampas que habían firmado el pacto, fueron la excusa que usó Martín Rodríguez para encarcelar a Ramos Mejía.

Cuando allanaron la estancia sólo encontraron unas pocas armas viejas y oxidadas... ya Rosas pisaba fuerte...

Debió irse don Pancho Ramos, como le llamaban los hijos de la tierra, con su esposa y sus siete hijos. Algunos de esos leales pampas que sobrevivieron a la tragedia se fueron con él a Tapiales, después de haber amenazado a Rosas con

invadir Buenos Aires si se le ocurría apenas tocarlo a don Pancho; sin saberlo le habían salvado la vida. Sus indios más incondicionales...

Pero la suerte es arisca...

Una caravana de sombras derrotadas se instalaba en la chacra donde había comenzado todo, la idea que fue creciendo, tomando forma hasta arribar a la meta que soñaba: la vida más allá del Salado.

Las ruedas que los transportaban habrán arrastrado también su pena, su amargura, una mezcla indescriptible de impotencia y resignación. De enojo también, el mismo que lo llevó a escribir en algún momento, cuando es violado el pacto: "Si los indios aspiran de hecho y de derecho a la paz, los cristianos fomentan de hecho y de derecho la guerra. ¿No nos desengañaremos jamás de que ni el sable ni el cañón en nuestras circunstancias ni las buenas palabras con tan malditas obras es posible que constituyan ahora la paz entre los hermanos? ¿Sera posible darle la salud a la patria por medio de los prisioneros de la muerte?"

Cuando murió don Pancho, el gobierno de Dorrego les impuso todo tipo de trabas para que pudieran sepultarlo en Tapiales, ya que, al considerársele hereje, no habían podido hacerlo tampoco en el campo santo. Cuentan que ellos, sus indios, se llevaron su cuerpo, desaparecieron una noche y para siempre y lo enterraron en algún lugar de su estancia Miraflores junto a la laguna Kakel Huincul. El tiempo sepultó verdad y fantasía con una mezcla de historia y lealtad que se mantiene hasta nuestros días.

Una vez, ya pasados unos cuantos años, rodearon un carruaje unos pampas de aspecto temible quienes, al ver la señal de Ramos Mejía sobre los animales, le permitieron seguir. Ni Dios ni las plegarias habrían salvado a los viajeros. El recuerdo de aquel hombre y sus valores, en ellos se volvió retirada.

Cuentan algunos que cierta vez aparecieron, cerca de Bahía Blanca, entre un montón de animales robados, algunos con la señal de Ramos Mejía. Al ser reconocidos, fueron regresados a su estancia.

Crecía mi admiración a medida que se desarrollaba el relato. No entendía cómo, viviendo tan cerca, compartiendo la misma tierra, ignoraba vida y obra de este personaje que enamora. Quería aproximarme a una idea somera de lo que fue la época en que le tocó vivir, cuando la Argentina no era todavía Argentina y nos separa, además, la friolera de doscientos años. No podía perdonármelo.

La ignorancia es tan poderosa como las fuerzas de la naturaleza. Nos anula los sentidos. Nos impide ver lo que está ahí, un poquito más allá del insignificante lugar del mundo que ocupamos, no nos permite oír los cantos que nos rodean, rozar con nuestros dedos la pátina de la historia escrita a medias y hurgar entre sus resquicios.

Me cuestionaba qué lo animó a abandonar la ciudad para ir a dar al campo, desierto e inhóspito, a una choza, con la única compañía de paisanos, peones, indios. Luego iría su familia y tendría su casa. Mínimas comodidades para acompañar tremendo esfuerzo.

¿Fue un aventurero? ¿Un soñador de los que necesitan un nuevo desafío cada día? ¿Fue un hombre enamorado de la vida rural, de la vida en su estado más puro? ¿Un ambicioso propietario de muchas hectáreas compradas a los indios? ¿Un hábil estratega escurriéndose entre políticas adversas? ¿Fue, en realidad, un adventista o un intuitivo psicólogo que supo manejar masas incultas? ¿Fue un señor feudal dueño de las mejores maneras para que no se notara? ¿Fue un hacedor de sueños posibles? ¿Un roble en medio de los pajonales?

Mariposas de colores asfixiarían su alma hasta hacerla estallar. No se puede detener la fuerza de los sueños. ¿Tras cuál de ellas corrió don Francisco Ramos Mejía? ¿Tras las rojas de la pasión y el fuego? ¿Tras las naranjas que llevan energía? ¿La nobleza de las púrpuras? ¿La sabiduría de las azules? ¿Las amarillas de la inteligencia? Quizás las alas negras del misterio le llamaron.

Me he preguntado mil veces, tal vez más, y no encuentro las respuestas... ¿Cómo lo hizo? ¿Cómo logró solamente con la Biblia y sus palabras llegar a ser conductor de miles de personas? Enfrentando al desierto, a las ausencias, a las tribus agresivas, al frío, al calor, a la soledad... ¿Cómo?... ¿Cómo pudo pararse frente a otra piel, otra lengua, y entenderse? ¿Qué llama ardía dentro de él que alumbró y dio calor a toda esa gente?

Después de tanta lucha se tuvo que ir para no volver nunca más a su querida Miraflores, aunque desde su nuevo destino siguió dirigiéndola, enviando semillas y órdenes, con una encomiable visión de futuro.

La historia de los pueblos es un juego eterno de ganar y perder apostándolo todo.

A don Pancho le tocó perder... ¿Le tocó perder? Tapiales fue su castigo, pero... ¿Se pueden aprisionar las ideas, los sueños de hombres como él? Puede un ave estar presa en una jaula con las puertas cerradas, y sin embargo volar. Y hay muchas aves encerradas en jaulas con todas las puertas abiertas...

Seis o siete días de marcha les habrán sido suficientes para abandonar el campo y llegar a la chacra, dejando a sus espaldas el Salado.

Con él se iba la familia. Su esposa y sus hijos. La más pequeña, de sólo seis meses, María Magdalena...

LA LAGUNA

Un llanto de guitarras viene de lejos, mezclándose con el ruido desafinado de los grillos, se me va acercando despacito, triste, como arrastrando una pena; se va enredando entre la espesura, girando alrededor de robles y eucaliptos, alimentando amores crecidos entre besos de estrellas y perfume de magnolias. Llega dulce, muy dulce, hasta mis oídos minerales. Lo recibo quieta, arrobada, vestida de plata y noche, como una diosa secular venida desde el principio de los tiempos. No sé cuántos siglos tengo encima, no sé si soy joven o vieja, dependerá del tiempo que me quede por vivir. Sé que luzco bonita y seductora. En un sinfín milagroso de días y noches, mantengo un romance casi secreto con la luna. Ella me mira porque yo brillo y yo la miro porque ella brilla. Soy el espejo donde, vanidosa, se contempla. Luego, callada como vino, se escapa, tal vez buscando otros espejos donde mirarse u otros perfumes que la embriaguen. Y cuando ella ya ha huido y el viento me agita, el sol se despereza dejando caer mariposas doradas sobre el raso brillante de mi vestido que se confunden con las carpas que ondulan mi superficie con su danza a ras del agua.

Los juncos se yerguen, enhiestos y rebeldes, por todo mi cuerpo; surgen desde mis entrañas de agua, lodo y peces para enviar mensajes de horizonte y eternidad. Los cuervos se alejan buscando libertad y comida dejándome como lunares turquesas su nidos con los huevos, que pronto se volverán pichones para continuar, ininterrumpidamente, el ciclo infinito de la existencia. También me abandonarán por un rato las gallaretas, que con ese chapoteo desprolijo pareciera costarles tanto levantar vuelo. Pero volverán. Como vendrán otros y se irán. En mí tienen sus moradas, y en ellas sus hijos. Yo les espero, aquí, como una lágrima llorada sobre la tierra que me abraza. Somos todos hijos de la madre tierra que nos llama, posesiva, señora absoluta de todos nosotros. Como también perteneció el indio, dueño indiscutido de estos lugares, hijo de la memoria ancestral de estas praderas, amo y señor de un coraje desesperado por la tierra que iba a perder, por la libertad que, definitivamente, le quitarían. Tierra misma hecha hombres y mujeres. Voluntades indómitas tapadas con cueros. Pedazos de llanura encarnados en estos bravos seres a quienes, extrañamente se les llamó indios y no pampas; que domaban sus caballos internándoles en mi transparente sangre, usando toda su paciencia, sabedores de que el animal se entrega a la confianza; que derrotaban a enemigos y animales con el giro enloquecido de sus boleadoras; que vivían de los dones de la naturaleza sin esperar nada a cambio, sólo saciar el apetito de cada día; que gustaban beber los vientos montados en sus tobianos, desafiar al puma y enarbolar la lanza.; que sumergían en mis frías aguas a sus hijos recién paridos en las tolderías, pelo negro, tez oscura, llanto universal hambriento de caricia y leche, criaturas todas hijas de un mismo Dios, creciendo entre la furia de los temporales y al arrullo de las torcacitas. Eran sangre

americana, no recién nacida como lo creyó Europa, eran hijos y no esclavos, fueron propietarios sin escritura...

La corona y la espada sellarían su suerte.

Me alimento de sombras, de lluvias y soledades. De lunas y de arreboles. Me comporto como una amante esquiva y caprichosa. A veces crezco mucho, demasiado tal vez, y avanzo, impetuosa y agigantada, ocupando espacios que no me pertenecen; otras me voy encogiendo de a poco, dejando al desnudo mis partes más profundas, secretas, íntimas, mientras la tierra va mostrando hondas y sufridas grietas como una piel cortada por mil cuchillos. Dependo de las lluvias, generosas o mezquinas. Vuelvo a recuperar mi caudal, a ser tan grande como siempre. Así transcurre mi vida, pero soy parte de esta tierra y de quienes están sobre ella. Y se me acercan. Me buscan...

Un murmullo de teros se escucha a lo lejos. Los pájaros me atraviesan saludando con sus alas. El inocente biguá abandona por un rato el nido, lejos de imaginar la suerte que espera a sus huevos. No le perdonan los pescadores que se alimente de pejerreyes. Un coro de ranas grita plegarias rogando lluvias. El viento, otra vez, peina suavemente mis aguas que van a terminar en pequeñas olas acariciando las orillas. Mis orillas son mis manos, cientos de ellas, abiertas, a quien venga a saciar su sed. Su sed de agua. Nada más que agua. Agua dulce. Transparente y vital. Aunque hay otras clases de sed que llevan a hombres y mujeres a la locura, grandes precios por poca mercadería, sed de venganza, de lujuria, de ambición, hasta de amores incontrolables que se convirtieron en leyenda como la de aquel cacique, cuyo nombre se extravió en el olvido que, desesperado de dolor al saber que su compañera le era infiel, fue en su busca, mató al amante y a ella...a ella ...ya sin vida se la llevó con él, suya para siempre...el último beso se quedó sin dueño...ella no lo recibiría...su mirada, incrédula, se apagaba mientras le miraba pero no le veía...la cargó, exánime, con sus brazos fuertes y el alma enajenada; desde entonces cabalga y cabalga con ella a su lado, sin destino y sin paz; un espectro atormentado galopando las tinieblas con una pena enancada. Era un 20 de enero. Son muchos los que aseguran haber visto dos luces verdes cruzando de una compuerta a otra, esa noche, en ese día del primer mes de cada año.

Sobrevuela esos montes tan cercanos a mí otra tradición, la que afirma que, en alguna parte, casi hasta donde llegan mis manos, hay un tesoro escondido... Ahí ronda otra vez el nombre de Ramos Mejía en alas de... ¿Fantasía o verdad? ¿Invención?... ¿Quimera? ...El viento la lleva y la trae...el mismo viento...silbador y áspero.

Yo los miro. Les devuelvo la mirada sin que se den cuenta. Veo manos labriegas que de pura casualidad desentierran monedas del año mil ochocientos y

pico...boleadoras manchadas con sangre que nutren leyendas, algunas espuelas, un estribo intacto como si al tiempo le hubiera resultado indiferente y no lo hubiera lastimado. Huesos, muchos huesos ¿Habrán vestido taparrabos o chiripás? ¿Faldas o uniformes? ¿Cómo saberlo? Los veo llegar con sus equipos de pesca, los siento navegar sobre mis aguas, bañarse en mis orillas y mirarme, absortos, en las noches mientras preparan sus parrillas...a nadie le soy indiferente...sé que ejerzo una fascinación irresistible sobre quienes me conocen...

He visto indios, gauchos, soldados, mujeres, acarreando amarguras, alegrías, necesidades, fundiendo sus pulsos vitales con los míos.

Los he visto guerrear, cazar, montar, lavar las ropas. Crecer y multiplicarse. He visto a tus hijos, Ramos Mejía. Y a tus nietos...

He visto a Magdalena cuando volvía de Tapiales. Magdalena niña. Magdalena joven. Magdalena enamorada. Magdalena madre corriendo detrás de sus hijos...cuidado con esas ramas...ay que se van a golpear...vengan a tomar la leche...no se metan en el agua...no...Máximo Manuel...

Ay gurisito de Elía

A quien mis aguas mojabán

Creciste tan de repente

Sin que una trenza te atara

Elegiste ir a Europa

A encontrar lo que buscabas...

EL FUEGO

Espesas nubes de humo negro a lo lejos se divisaban. Las llamaradas rojas y amarillas iban devorando cada metro como lenguas hambrientas y salvajes; se buscaban unas a otras como retroalimentándose hasta acabar con su obra destructora.

Se elevaban aún más en el apogeo de su danza macabra. El ruido de esa vorágine que quemaba y arrojaba astillas incandescentes helaba la sangre.

Una inmensa hoguera, como una ofrenda a un dios pagano, iba consumiendo, poco a poco, la casa. Horas de espanto e impotencia.

Contrastaba el calor del fuego con el frío de las almas. No sólo por el humo los ojos lloraban...

Lentamente las llamas fueron perdiendo fuerzas vencidas por las propias cenizas que las iban cubriendo y porque ya no les quedaba más por consumir.

A un costado el galpón y allá atrás la barranca, asistían atónitos al sobrecogedor espectáculo.

Nadie pudo haber permanecido indiferente ante esa escena de desolación y fuego.

Corría el año 1950 cuando un desgraciado cortocircuito provocó la tragedia. No solamente quema el fuego techos, muebles, cortinas...mucho más que eso...arrasa con todo lo que hay dentro y reduce a polvo los testimonios de sus moradores.

Las personas permanecen en lo que han poseído, la foto familiar, el mantel tendido, viejos papeles, sus huellas sobre la mesa, su olor en las habitaciones, documentos, las tacitas del café, un babero guardado de algún nieto, un trébol seco entre las páginas de un libro que tal vez ni cuatro hojas tenía...jirones de vida arrebatados... Tanta vida hecha cenizas...

Era la casa grande. La que mandó construir don Francisco Ramos Mejía. Su primera estancia. La había denominado "Miraflores" en recuerdo a la propiedad que supo tener su esposa allá en La Paz, Bolivia, donde se habían conocido y se habían casado. En esa explanada que hoy sólo exhibe césped y recuerdos, él vivió con su mujer, la marquesa María Antonia Úrsula Seguro. Habían pasado muchos años entre su vida de estudiante de Leyes en Buenos Aires, y de Filosofía y Teología luego allá en Chuquisaca, junto a Moreno, Castelli, Belgrano, y su radicación en esta propiedad, la casona que fuera testigo de la firma del acuerdo entre gobierno y hacendados, el Pacto de Miraflores. Un tratado de paz. Una buena intención esperanzadora. La férrea mano de "Don Pancho" firmando en representación de los indios. La firma que estampó Ramos en ese tratado, fue escrita en representación de 16 caciques el 7 de marzo de 1820. Ellos eran: Ancafilu, Tacuman, Trirnin, Currunaguel, Anquepan, Suan,

Trintri Lonco, Albuñe, Lincón, Huletrú, Chañas, Calfuyllan, Tretruc, Pichilongo, Cachul, Limay. Y cada uno de ellos, comandaba entre 1.000 y 2.000 guerreros.

Un olor de tierra y de ponchos frente a uniformes y a botas lustradas, no parecería ser el barco que debía llegar a buen puerto. Vientos políticos y ambiciones mezquinas, torcerían los mástiles que sostenían aquellas velas.

Fue denominado, también, Tratado Ramos Mejía, escrito en medio del vendaval que significaba la anarquía imperante que enlutaba a la patria naciente mientras transcurría el año 1820. Tratado que sería, pocos meses después, violado sin más ni más.

La forma de U que tenía se repite en otra estancia, Chacabuco, no muy lejana, perteneciente a la misma familia. Sería tal vez la disposición acostumbrada y repetida. Coincidentemente, frente a este establecimiento, se encuentra otro, igualmente bello y viejo, San Francisco, también patrimonio de la familia antes citada, donde años más tarde arrendaría esas tierras un ruso, “el ruso de San Francisco”, en esa época en la que el dueño dejó de ser dueño para que lo fuera el arrendatario. Hasta que estalló la revolución y tuvo que irse con sus vacas a otra parte. Pero esa es otra historia. El privilegio que tuvo San Francisco en ese momento fue que vio nacer y crecer al Pura Sangre Branding. Él, junto con Sideral, quien salió segundo, fueron los únicos caballos que, en esa misma carrera, le ganaron a Yatasto, el mejor pingó que ha pisado las pistas de los hipódromos argentinos. Con Yatasto lesionado, a Branding se le hizo el campo orégano.

Mirando a la laguna, en el corazón de esa U, entre las dos alas laterales, estaba el aljibe, el infaltable aljibe que proveía de agua a sus dueños y a su prole, que aquí se iban formando.

Hospedó esta casa en algún momento al General Martín Rodríguez, jefe de las milicias del sur de Buenos Aires, que proseguiría su marcha hacia territorios más australes. Fue entonces cuando fundó el fuerte de la Independencia en el centro-este de la provincia de Buenos Aires, destinado a frenar las furiosas embestidas de los puelches, pueblo perteneciente a los Tehuelches. Luego se convertiría en la actual ciudad de Tandil.

Esta residencia quedó en posesión de una de sus hijas, la que tenía apenas seis meses cuando lo llevaron preso a Tapiales. María Magdalena Ramos Mejía.

Ella alternó sus días entre la estancia Miraflores (hoy Kakel) y la chacra. Golpeó a su puerta el amor en la figura de Isaías de Elía Álzaga, quien se encargó de la explotación del campo, donde introdujo la raza vacuna Shortorn, y nacieron los primeros productos del ejemplar Tarquino, un padre de raza.

En un boletín publicado hace varios años por la Asociación de Amigos del Museo Kakel Huincul de nuestra ciudad, Maipú, abril de 2005 para mayor precisión, consta que este ganadero fue además el dueño de la primera fábrica, en la zona, de velas y jabones, hechos con grasa animal, que cubrían las necesidades de vecinos y tropa asentados en la guardia Kakel.

Una nueva generación jugaba, estudiaba y crecía entre estas paredes, las de Miraflores y las de Tapiales: María Ester, Magdalena, Isaías, Ezequiel, Agustín Justo y Máximo Manuel.

Este último contaba escasamente un año cuando se produjo la batalla de Caseros.

Nuevos vientos soplarían sobre la tierra argentina; muchas familias, incluida ésta, recuperarían bienes y seguridad. No pudo verlo don Pancho Ramos. La muerte lo vino a buscar cuando tenía solamente 53 años y estaba confinado en su chacra de Tapiales. La misma peste que se había llevado anteriormente a dos de sus hijos, hizo presa de él. Quizás le fue fácil llevárselo, tal vez le habían ido abandonando las ganas de vivir, las penas habrían conseguido ganarle la partida y el mal ocupó los lugares vacíos.

Nuevamente, a esta altura del relato, quedé pasmada. La casa de la que todos hablaban, la que había sido devorada por el fuego, fue levantada por Ramos Mejía. Algunas respuestas iba encontrando, pero surgían nuevas preguntas. Todos los caminos me conducían al mismo lugar. Ahí estaba el nudo principal...quería desatarlo...

La espléndida residencia de la chacra de Tapiales, donde pernoctó el General Lavalle tiempo antes de la firma del Tratado de Cañuelas, y el hogar de Miraflores, hoy Kakel, habrán sido testigos de cómo crecían los hijos de Magdalena y de cómo ella, serenamente, envejecía...

Esta chacra fue escenario de un hito histórico, el origen del Tratado de Cañuelas. Avanzaba el año 1829. Un 24 de junio fue firmado por el General Juan Galo de Lavalle y el Brigadier General Juan Manuel de Rosas. Dos pares de ojos azules mirándose de frente. Buscaban detener la guerra que asolaba la provincia de Buenos Aires desde la revolución de 1828, cuando Lavalle, preso de la indignación, al perder en la fría mesa de negociaciones lo que había ganado guerreando entre ríos ensangrentados de ceibos, se alzó en armas contra el Gobernador Manuel Dorrego. Aciagos días en los que se llenaron de sangre sus manos.

Cuenta la historia de la historia que Lavalle, sitiado en Buenos Aires, se escabulle y se dirige a Cañuelas a entrevistarse con Rosas, pero llega sin previo aviso y agotado. Ante la ausencia del estanciero decide esperarlo durmiendo en su propia

cama. La criada, sorprendida al ver ocupado el lecho de su amo, olvida la “lechada” en el fuego y nace allí, para deleite de los argentinos, el dulce de leche. Al llegar Rosas lo encuentra dormido, prepara el mate y lo despierta diciéndole: “Qué sueño tan profundo mi General”.

Este acuerdo, también denominado Convención de Cañuelas, fue rubricado por ambos hombres. Posteriormente, Rosas asumiría la Gobernación y Lavalle iniciaría su viaje al norte después del terrible dolor de Quebracho Herrado, la batalla más grande de la guerra civil que enlutó a la patria, sin haber podido alcanzar la frontera con Bolivia. Quizás el amor le adormeció la cautela. Lo asesinaron. En Tilcara, provincia de Jujuy, lo velaron. En Huacalera quedaría su carne. Su cabeza y sus huesos sí cruzarían la frontera, llevados por un puñado de hombres al mando de un destrozado Pedernera, que le lloraban con lágrimas amargas mientras en algún lugar, lloraba también Damasita Boedo.

Máximo Manuel, quien se había convertido en un muchacho fuerte y hermoso, tal como lo recuerdan sus familiares, siendo joven, muy joven, decidió viajar a Inglaterra. Tal vez heredó de su padre, pionero en la cría de caballos Pura Sangre de Carrera, la pasión por estos animales. Comenzaba allí la temporada hípica y él participaría. No pudo ser.

Quiso la adversidad que el barco en el que iban sus caballos naufragara en alta mar. Esto quebró su espíritu y le hizo tomar una determinación: fijaría allí, para siempre, su residencia. Nunca volvería.

El amor le llegó de la mano de Sara Wilton, una muchacha inglesa de noble estirpe...aquí me perdía, otra vez, en mis propios pensamientos...un estanciero argentino, de alcurnia, “pintón” él (según sus descendientes), y una aristócrata inglesa pueden alimentar cualquier fantasía...tal era mi caso...es que...las historias se repiten...y las preguntas siguen...

Allá en su patria remota, había terminado la guerra con el Paraguay y él aquí, en su patria por adopción, cumplió 27 años y fue padre de una niña a quien llamarían Estela.

Después de perder a su esposa, este hijo de Magdalena se volvió a casar en 1914, año en que se iniciaría la Primera Guerra Mundial. Intereses mezquinos llevarían a semejante atrocidad.

Aquí llegan los orígenes de mis desvelos. Máximo Manuel desposa a la condesa, Alexandra Von Meremberg, nacida en Alemania, bastante menor que él, en el mismo año, 1869, en que en Argentina se realizaba el primer censo nacional durante la presidencia de Domingo Faustino Sarmiento.

Era hija de padre y madre rusos, su padre príncipe; y hermana de Sofía, esposa del Gran Duque de Rusia, Miguel Mijailovich Románov.

¿Cómo sería esa misteriosa mujer a quien llamaban Adda?

Al fallecer Máximo Manuel en San Juan de Luz, Francia, su única hija, quien se casó con Julio Máximo Landivar Monet, heredó Kakel. Pasado mucho tiempo, uno de los cuatro hijos que vendrían a alegrar ese hogar, se instaló junto con su familia en la estancia. La educación y la enseñanza del idioma alemán a los niños María Lucila, Julio y Gustavo, fue confiada a “fräulein” Hildegard Koch, casada con Rago, una señora germana que vivió en Maipú hasta no hace muchos años. Es esa familia, hija y nietos de Elía y Ramos Mejía, orgullosos descendientes del ya legendario don Pancho Ramos, quien debió sobrellevar el voraz incendio. Fue en 1950; curiosamente, el mismo año en que murió Adda.

No pudo el fuego borrar tanta memoria. Abrasó un cuerpo, pero su espíritu sigue flotando.

Las personas mueren cuando el soplo divino llamado vida las abandona y el cuerpo queda inerte en el instante final donde hasta los sueños se pierden tras los párpados que para siempre caen. Y queda en el aire suspendido un suspiro.

Mueren por segunda vez cuando se detiene el corazón de quienes los han amado, pues ahí seguían viviendo, incorpóreos y eternos.

Hay otros que nunca mueren, que desafían la partida, sobreviven al tiempo, siguen ocupando espacios en la memoria viva y en la escrita, tan pujante ha sido la fuerza de su existencia. Y tan decisiva.

Y la última muerte es el olvido.

Al arrojar una piedra al agua, ésta provoca con su caída un movimiento que se asemeja al sistema solar, círculos concéntricos, cada vez más grandes a medida que se alejan del centro, es decir, del punto donde cayó la piedra.

Es lo que me había pasado con tantos nombres, fechas, apellidos, países; me había ido alejando del núcleo del movimiento, pero, de todos modos, todo tenía que ver con todo. Al menos, así me lo parecía mientras pensaba en el dueño...el actual dueño...

ARINA RODIÓNOVNA

-... ¡Ay, mi niño! - Musitaba Arina mientras su brazo izquierdo sostenía el delantal recogido a modo de bolsa, llevando dentro los dorados granos que serían devorados por las gallinas. Los gallos cantaban alborotados. Picoteaban las aves alrededor de su larga falda dificultando su paso, lento, además, por los años. Dejó un poco de agua en un balde. Más allá los gansos se entretenían en el charco; los pájaros buscaban las ramas de la encina que ofrecía sombra y reparo mientras veían agitarse la ropa tendida.

Se dirigió hacia la entrada abierta de la cerca.

Satisfechos los animales, dada por concluida la tarea, cerró la abertura, alisó su delantal, golpeó sus manos quitando algo de polvo adherido, mesó sus cabellos ya grises y se encaminó hacia aquellas plantas que daban siempre tan hermosas flores. No podía equivocarse en la cantidad que cortaría. Las eligió y arregló con el mismo cuidado que había tenido siempre para con él. Fue caminando despacio, arrastrando su pena, aproximándose al lugar donde él la esperaba. Como todos los días.

- ¿Cómo es posible, mi pequeño Alexander, que tenga que juntar flores para tu tumba? No puedes siquiera imaginar mi tristeza. Viviste apurado y te fuiste igual...la misma prisa...hijo...los enemigos acechan en las sombras... ¿Cómo aceptaste ese duelo si todos sabían que era un complot? ...por un infame anónimo...es cierto que tu esposa es bellísima, pero nada más...no quiere decir nada...molestabas, Alexander, no se puede hablar contra el gobierno y menos defender al pueblo... ¿Por qué no calló tu boca? ¿Por qué tus ojos no miraron hacia abajo? Nosotros, los pobres, sabemos de eso...de callar y quitar la mirada, digo... ¿De dónde te habrá nacido aquello, del amor al pueblo, quiero decir? Porque tu familia es de abolengo, ya sé que, venida a menos, pero...son nobles...y te educaron, con lo mejor. Si a los 8 años ya hablabas francés...leías todo lo que había en la biblioteca de tu padre, escribías tus primeras obritas, aunque...sí que te escapabas para que Nikita, el siervo que trabajaba en tu casa ¿Te acuerdas? te contara historias, casi las mismas que yo te narraba mirando tus ojitos asombrados, siempre pidiéndome otra...y otra más. Mis canciones te gustaban y te ayudaban a dormir...

Ay, mi niño...creciste rápido y rebelde...mis brazos ya no te alcanzaban...la vida te llamaba y allá ibas...recuerdas los estudios, las fiestas, el juego...y tus opiniones, mi niño...no puedo dejar de evocar el primer destierro en Kishiniov, allá lejos, en Besarabia... ¡Escribiste tanto esa vez! ...gustó mucho. Era algo así como el caso de alguien que estuvo prisionero en los montes Cáucaso.

Por unos momentos levantó la mirada, aspiró profundamente, exhaló un suspiro, observó en derredor, elevó los ojos al cielo como buscando...

- Ay mi niño, siempre estuve contigo...siempre...

Pensaba y hablaba mientras se secaba las lágrimas con el dorso de su mano. Desasosegada cruzaba los brazos, después los dejaba caer, retorció luego sus manos en ademanes llenos de impotencia...

-...Tan feliz estabas cuando la condena se hubo cumplido y pudiste llegar a Odessa...pero otra vez tu lengua y tu pluma desatadas...y otra vez el destierro. El segundo...aquí en Mijáilovo, en la finca de tu madre...estuvimos tan cerca el uno del otro, mi pequeño...eras como un animal sediento que abrevaba en el manantial en que, decías, yo me había convertido. Fueron dos años contándote todo el folklore ruso, leyendas, refranes, canciones, cuentos, historias, las mismas que te contaba cuando chiquito. Para mí siempre serás mi pequeño Alexander, para los demás ya eras el gran Pushkin, dicen que así nació el gran poeta de las letras rusas, el que mezcló la educación refinada y culta con la lengua popular, la lengua del pueblo, la que yo te enseñaba...yo...una simple campesina, a quien se le va secando el corazón cada vez que viene a verte...con las mismas manos que cambiaba tus pañales y te daba de comer, ahora te acomodo las flores con unos terrones de tierra y unas piedritas para que, si hay viento, no se las lleve...ay, mi niño, si hasta el Zar te había perdonado, ya no podían ocultar ni tu talento ni tu fama...¿Por qué tan revolucionario?...si podías ser poeta, nada más...seguir escribiendo tan bonito como esa obra que se llamó Evgueni Oneguín...y tantas otras que yo no comprendo...ni conozco...mi memoria no retiene...pero sí recuerdo algo que escribiste y que creo que nunca voy a olvidar, a pesar de mi cabeza, vieja, que ya no aprende...y de mi corazón tan gastado

Yo os he amado; mas, tal vez dormido,
Mi amor aún pervive en mi interior,
No quiero que eso llegue a vuestro oído,
No quiero ser motivo de dolor

...no sé cuándo lo escribiste, pero es tan lindo! ¿Sabes?... me pone muy triste...más de lo que estoy...te puse un número impar de flores, tal como te gustaba...siempre número impar...así las regalabas...ignoro por qué...no sé qué más pueda hacer...sólo sé llorar...y extrañarte...mis historias se quedaron sin oídos que las escuchen, mis manos huérfanas de caricias, mi alma acongojada.

Duerme, Alexander, mi niño querido, duerme tranquilo, aquí está tu niñera, como siempre, cantándote esa canción que te hacía dormir...-

- Hoy he vuelto, Alexander, como es mi costumbre, aunque cada vez me cuesta más, mis piernas no están tan firmes, mis manos tiemblan un poco, mis ojos ven cada día menos y la pena, mi pequeño, la pena es como la gota de agua que va horadando la piedra. Me va robando la vida. Hoy te traje cinco flores. No son muchas.

Había algunas un poco más alto, pero ya no las alcanzo...de tus hijos no sé contarte nada; tan alejada estoy...pobrecitos...de la única que supe fue de la menor, la que lleva el nombre de su madre, Natalia. Me contaron que hizo un matrimonio morganático, tu sabrás de qué te hablo, yo no lo entiendo muy bien...es algo así como dos personas... ¿Cómo explicar?... entre nobles una es más importante que otra...no sé si me entiendes, seguro que sí; siempre fuiste tan inteligente...como te contaba, se casó con el príncipe Nikolaus Wilhelm de Nassau y se transformó...¿sabes en qué, mi pequeño? En la condesa de Meremberg...tu hija...condesa...tal vez ya te lo había contado pero la memoria me falla tanto...

Hablaba en voz baja, muy suave, en una conversación de un solo interlocutor, un monólogo solitario, con la seguridad de ser escuchada, con un entendimiento más allá de toda lógica, mientras arrimaba un puñado de tierra al ramito recién cortado-

Sus manos cubiertas de arrugas, venas y callos, trataban de dar una forma armoniosa a las cinco flores que le había llevado, tanto amor tenía aún para dar...

- ¿Sabes? ha traído al mundo dos niñas y un niño...hasta aquí no hay nada para que te asombres ni te inquietes, mi niño, pero falta que te cuente algo...no sé si me estarás atendiendo...pero te quiero contar...no debe pasar más tiempo...me siento cada día más débil...los huesos me recuerdan que existo...ya no puedo más...todo me cuesta mucho...

Me pregunto quién te traerá flores cuando yo no esté aunque...siempre las hay frescas, el pueblo te quería, Alexander, así como tú le querías a él...pero te sigo contando...como lo hice toda la vida...ay, el dolor de cintura no me deja ubicar bien estos pimpollitos...junto con ellos va mi cariño...yo sé que me escuchas...te decía de tus dos nietas y tu nieto...una de ellas lleva tu nombre...Alexandra se llama...Alexandra von Meremberg...y ¿sabes qué?...se casó con un aristócrata, con un tal Máximo Manuel de Elía y Ramos Mejía, y se fue lejos...tanto que ni recuerdo...no conozco...no sé...pero es algo así como Argentina...ella es condesa también y mira dónde la llevó el amor... al país más austral del planeta según me dijeron...

Ay mi niño, cuánto me cuesta incorporarme...me agito mucho y siento unos dolores que...no sé...no me siento muy bien...-

Pasaba su mano una y otra vez por esa superficie áspera en un fugaz intento de caricia y despedida...

- Me olvidaba...me dijeron que Alexandra, a quien le dicen Adda, pasa sus veranos muy cerca de una laguna...-

ELLA

Como una carta leída varias veces, ya perdido el valor de la sorpresa que tuvo al llegar, que se rompe en muchos pedazos y de pronto se trata de recomponer porque había algo importante y la memoria, frágil, olvida; tomar los fragmentos queriendo hacer coincidir puntos, rayas, letras y espacios para encajar cada trozo en otro hasta obtener el texto completo o casi, así procuraba esbozar la imagen de una persona. Con un lápiz hechizado dibujar una figura que no conocía, una boca, aunque no me hablara, unas pupilas insondables, aunque no me miraran, unas manos queriendo asir lo inasible...hallar lo inhallable...Ansiaba, con partículas cósmicas, conformar una estrella, estaba convencida que así habría brillado en medio de estas pampas. Todo el esplendor de las cortes imperiales europeas, suponía, habría venido con ella.

Intentaba armar una rosa con pétalos recogidos del suelo, aunque jamás conocería su fragancia, ni siquiera su color.

¿Cómo hallar a Adda, condesa Alexandra Von Meremberg, hija de Nikolaus Wilhelm Nassau y de Natalia Alexandrovna Pouchkina?

La curiosidad se me había convertido en una obsesión y un desafío. Mientras seguía la crónica de tantos sucesos cada vez más conmovida, me parecía estar asistiendo a un desfile de personas con vidas extraordinarias.

Recurrí a quienes la habían conocido y la recordaban con cariño. Una vez más apelé a la memoria.

En algún momento sentí que, lentamente, como abriéndose paso, desde el fondo de un largo pasillo, caminando etérea y grácil, ella venía acercándose, apartando visillos de tenue y transparente gasa, aún sin rostro pero la veía, o la percibía a través de un velo como a una novia...ella venía hacia mí o yo iba hacia ella..."había nacido en Wiesbaden, Alemania, capital del ducado de Nassau"...creo que eran prusianos"...el casamiento morganático de sus padres les privó de un título mayor"...sus hermanas fueron adoptadas por la corte británica, tal vez por algún parentesco"...la recuerdo tan señorial"...te contaré lo que me contaron: ella llegó a Buenos Aires acompañada de su hermano y se presentó ante los nietos de Máximo Manuel como su legítima esposa, pero sin un solo papel que lo probara, porque según ellos, se habían perdido en la guerra"... "no sé por qué razón confiaron..."en la buena fe"...fue así hasta su muerte"...le hicieron una casa para ella en Kakel"...

Había encontrado otra respuesta. El cartel que ostenta la casa, con una fecha, 1939, determina el año en que la construyeron...

"Vivía allí todos los veranos"...alternaba con el departamento que tenía en Buenos Aires, en la planta baja de Callao y Alvear donde íbamos a visitarla una vez por semana, creo que todos los sábados"...qué tez tan blanca tenía"...a su oscuro

cabello lo llevaba siempre recogido"...sus ojos eran tan bellos como su sonrisa"...le decíamos Grany, era tan cariñosa con nosotros, sus...¿bisnietos?...era linda, muy linda"...era alta"...¿sabes? cuando llegaba el verano venían en el auto su mayordomo inglés, su ama de llaves y sus perros. Ella llegaba después en el tren"...todas las tardes los paseaba"...eran perros salchichas"...todos tenían algún nombre de la tetralogía de Wagner: Brunilda, Sigfrid, no recuerdo los otros"...dormía en el mirador".

Era el que habíamos visto al recorrer el edificio, ese lugar casi irreal por efecto de la luz que invitaba a la contemplación y a la meditación o a la lectura de tantísimos libros como allí se apilaban

"¿Sabes? fue la primera heladera con motor que conocimos, ella la trajo..." era tan amable"...no frecuentaba; era silenciosa y solitaria"...usaba polleras largas"...no sé por qué, pero vestía de negro, siempre"...

Resultó tan fácil imaginarla caminando entre los árboles que estábamos viendo, acompañada por sus mascotas, yendo hacia la laguna que allí, inmóvil, la esperaba; con aires distinguidos como será común entre las casas reales, sólo que ella los lucía en medio de la pampa húmeda, donde cambió bosques con ciervos por campos con vacas.

"...A su muerte no la heredaron los nietos de su supuesto marido ni los que le dieron todo para que viviera espléndidamente, no, la heredó una sobrina llamada Olga, casada con un señor de anteojos que se llamaba Misha"...¿...?

Ella era un enigma. ¿Cómo se adaptó a un país de plebeyos? Llegó en los tiempos en que aquí se producían grandes cambios políticos y sociales. Por su esquina porteña habrán pasado la "chusma radical", los "golpes" y los "cabecitas negras"...¿Cómo pudo amalgamar el oro con el barro? ¿Los diamantes con la tierra? ¿Pudo mezclar la poesía de su abuelo, el genial Pushkin con las décimas de Gabino Ezeiza? ¿De Tchaikowsky a Carlos Gardel? ¿Los vales con el tango rioplatense? ¿Los ríos y lagos del viejo continente con el fango de la laguna?

Todo el misterio que la rodeaba se fue con ella, pero quedaron muchas preguntas flotando en el aire. Se llevó su verdad, su boda, si es que la hubo, su relación con Máximo Manuel, una vida partida en dos mitades, Europa y Argentina.

La segunda parte entre Buenos Aires y Kakel.

Vivió acompañada de nietos que no eran sus nietos, de bisnietos que tampoco lo eran, pero... ¿Únicamente la sangre crea vínculos?

Han pasado más de sesenta años de su fallecimiento y sigue siendo recordada por muchos y con afecto.

No podía dejar de imaginarla en la casa que acabábamos de recorrer, ora sentada, ora caminando, leyendo una deliciosa novela a la sombra de las arboledas o absorbiendo el sol su fino cutis aristocrático, atravesando el monte acompañada por sus perros, la cabeza erguida, el mentón levantado, quitándose de la cara algún mechón rebelde de su cabello oscuro, su voz ¿fina o ronca? Tarareando una canción de su patria lejana; sus zapatos... ¿Altos o bajos?... llevándola hacia la laguna; sus ojos... ¿Claros u oscuros? acariciando el agua...

Yo la veía, caminando elegante y fina, con aire ausente y una melancolía grande rodeando su figura.

Estaba viendo un zafiro en medio de las totoras...

LOS EMIGRADOS

“Hoy no ha sucedido nada”, escribió en su diario, el rey Luis XVI, el último Luis de Francia. Y fue la revolución francesa, la que diseminó por el mundo las ideas de libertad, fraternidad e igualdad, palabras generadoras de grandes ideales, aunque, pasados los años, parecería que tuvieron más literatura que acierto.

Siempre me he preguntado en qué momento el cuerpo gobernante enferma, cuándo empieza a debilitarse víctima de su propio poder, cuándo lo lesionan la sordera y la ceguera de manera tal que parece vivir en una isla solitaria inhabilitando paulatinamente los puentes con el mundo real; cuál es el momento preciso en que dejó de escuchar y de ver sin haber perdido sus oídos y sus ojos, que por alguna razón el Creador le ha dado; cuándo empezó a disponer de vidas y bienes ajenos, cual dueño absoluto; decidió guerras a las que no irá; usará a las masas ilusas y desesperadas...han pasado los siglos y no hemos aprendido nada...demasiados errores acumulados...¿Por qué no aprendemos? ¿Qué pesa más, la comodidad o la desmemoria? ¿Tuvo valor alguna vez la sangre? Cuando cesen las preguntas será porque ya no importen las respuestas... ¿Será que es irredimible la condición humana?... ¿Tal vez por eso Cristo crucificado mira para abajo? ¿Será por eso que está tan solo? ¿Se preguntará qué han hecho de sus hijos? ¿Su gesto sufriente y sus ojos abiertos buscan un poquito de redención? ¿Seguirán los clavos lastimándole y cada gota de sangre caerá sobre cada uno de nosotros haciéndonos responsables? Se me hace que siempre sangra...

Diferentes matices de los mismos colores han pintado la historia de las naciones en imaginarios mapas.

La madre Rusia era cruel y exigente con sus hijos. Sobre todo, cuando la nieve cubría los extensos campos, las aldeas, los caminos creando una imagen casi irreal de blancura y nada, sólo interrumpida por el humo de las chimeneas de las isbas; los estómagos estaban casi vacíos y no había con qué calentarse; restregar las manos curtidas, de uñas ennegrecidas, junto al fuego, no alcanzaba para entibiar el cuerpo aterido. Mucho menos el alma, devastada por la desesperanza.

La próxima estación cambiaría el blanco de la nieve por el rubio de los trigales, el insolente amarillo de los girasoles, el verde de las praderas; regresarían las grullas y correrían los pequeños dejando oír sus risas, aquellos que lograron sobrevivir un año más, mínimas alegrías iguales a las de ayer y a las de mañana, pero permanecía quieta y agazapada la misma miseria, embrión de la amargura o de la rebelión utópica y peligrosa. El imperio de los zares olvidó que muy cerquita de las puertas de sus magníficos palacios, habitados por los versos de sus maravillosos poetas, danzando al compás de sus geniales compositores y al amparo del poder donde todo era posible, había personas sufridas y trabajadoras, donde lo posible era demasiado poco; no

escuchó los lamentos de un pueblo hambriento cuyo único destino era sobrevivir y no tener nada para esperar.

Es muy bonito de ver el jardín florecido, pero unos centímetros más abajo hay un barro que lo alimenta; sin él no sería nada. Inexorablemente el odio, el resentimiento, la necesidad, vendrían a socavar sus cimientos, sepultando para siempre una casta aristocrática que no supo o no pudo ver. Ellos eran, también, el fruto de una formación establecida. Los cuestionamientos crecen cuando la realidad golpea, y hasta estos palacios los golpes no llegaban; la felicidad podía llegar a ser un estado permanente... ¿Habrán pensado en algún momento de sus vidas fáciles que, de cualquier herida, de un joven o de un viejo, de un príncipe o de un labrador, la sangre que mana es igual de roja en todos ellos?...

Llegaría la revolución y con ella penas nuevas. Otras. Y un miedo escondido en la mirada, un hambre insoportable de dignidad, un coraje maniatado que sólo esperaba un algo para cortar el hilo que lo ataba...

Sólo restaban la amarga resignación, la peligrosa resistencia o la dolorosa partida.

La resignación es la impotencia en el llanto apenas reprimido; es la mirada que huye, que va hacia un lado y hacia otro, buscando dónde asirse, sea una ventana para abrir o un resto de aliento libertario, que poco a poco suelta antes de apresarlo y termina, temerosa, casi avergonzada, dirigiéndose hacia el suelo, humillada y opaca, perdido para siempre el brillo que debía tener.

La rebelión es la tormenta en los ojos ávida de honra postergada; es el músculo tenso, los puños apretados, la respiración profunda exigiendo al límite a los pulmones, los labios mordidos aguardando la chispa que encienda la pasión amontonada como pilas de paja seca.

El exilio es la decisión extrema, es el desgarramiento total, duro, amargo. No volver la vista atrás, tragarse las lágrimas y repetir una sola palabra: mañana...

Halcones negros ensombrecieron los cielos europeos en busca de carne humana. El temible fantasma, hecho realidad, de la guerra, tan terrible y asoladora que va aniquilando a su paso todo lo que encuentra: sembrados, animales, pueblos, personas. El hambre, la muerte, las ruinas van minando todas las vallas hasta transformar a los seres en animales acorralados, subsistiendo hasta los límites de la degradación.

Un residuo de esperanza renacida, dulces sonos de balalaika, un samovar y unas pocas pertenencias serían el tesoro que iba a llenar una maleta, ésa que acompañaría las horas, las distancias y la soledad de los que emigran. La despedida desgarró el alma, nubló los ojos y maduró un dolor atroz que retuerce las entrañas.

Sólo la firme convicción de la decisión tomada permite no claudicar, no darse por vencido y otorgará fortaleza a esa minúscula llamita que empieza a entibiar el pecho.

Tantas razones había para irse como tantas las había para quedarse. Porque ésta era su tierra y éste era su cielo, no podría dormir bajo otras estrellas, las mismas que alumbraban su casa, y la de sus padres, y la de sus abuelos...Le pertenecían sin pertenecerle porque era él quien pertenecía; porque ahí había nacido y ahí habría de morir; y si bien nada era fácil ¿quién podría asegurarle que en otro lado le aguardaban la holgura y la bonanza? Si cada pueblo carga su propia cruz...Así pensaba Nikita, apoyado en la puerta de su modesto hogar, donde nada sobraba, donde nada faltaba; apenas comenzado el siglo XX, en la vieja aldea de Glascop, en Verania, provincia de Besarabia (actual Moldavia), casi acariciando las riberas del río Dniester mientras veía partir a su hijo.

Un hálito de cosacos hinchaba el aire.

Eudokia, su madre, permanecía adentro; hundía el cucharón en el caldero buscando lo inexistente, tratando inútilmente de no demostrar sus emociones y evitando la despedida.

La madre Rusia le llamaba y allí acudía, orgulloso hijo, voluntario, el joven Ipaty. El emblemático tren Transiberiano lo llevaría, atravesando Siberia, cruzando inmensidad y silencio, viento, frío y soledades, de Moscú a Manchuria, la que después quedaría en poder de China. Revistaría a las órdenes del Gran General Kuropatkin para enfrentar a las tropas japonesas y defender a su amada patria.

Vientos adversos soplaron para la flota rusa. Volver con la derrota a cuestras, soportar la Primera Guerra Mundial, la Revolución de Octubre, la hambruna que le siguió, la amenaza latente de una segunda guerra, fue demasiado para Ipaty. Otra vez Nikita, acompañado de su esposa, sus dos hijas y el otro hijo, vio partir a ese mozo, sangre de su sangre, sabiendo que esta vez era para siempre. Allí quedaron los cinco...pensando en tantas razones que había para quedarse como tantas para irse.

Así llegó Ipaty. Las botas acostumbradas a las nieves de las estepas, se habituaron a los campos de Ayacucho, en la provincia de Buenos Aires. Hasta esas suelas, más de una vez, habrán llegado los ecos de algún sollozo. Eligió, después, por unos años, la provincia de La Pampa, donde nacieron tres de sus cuatro hijos de madre argentina; al volver definitivamente a Ayacucho, nació el cuarto de los varones, Moisés.

Educó a sus hijos demandando tanto como se había exigido a sí mismo. Trabajó sin descanso hasta tener su propia barraca. El lugar elegido para vivir fue una quinta, donde los niños se convirtieron en muchachos, mientras su pelo se volvía blanco, tan blanco como la nieve que caía allá lejos, en su aldea, donde había entrado

a la vida. Cada uno de ellos siguió distintos derroteros. Muy disímiles. Mientras uno se iba a la provincia de La Pampa, otro moría tan joven que dolió demasiado. El mayor, Leónidas, o como le decían familiarmente, Lonia, se recibió de ingeniero y terminó su vida en Chilecito, provincia de La Rioja, donde fue decano de la Universidad Tecnológica Nacional en dicha provincia. Por alguna razón que ignoro, usaba su segundo apellido paterno, Krupp. Quiso el destino que, por iniciativa de Mercedes, la nuera de Moisés, la mamá de las cuatro niñas, y pasados muchos años, hiciera éste, el hermano menor, un viaje con ella, su hijo y las pequeñas hasta aquella lejana comarca, a visitar al hermano mayor, el querido tío Lonia, a quien hacía tanto tiempo no veían. Se encontraron ambos hermanos y no habría una segunda vez. Tiempo más tarde, Lonia moriría.

Moisés fue el único de los cuatro hermanos que se afincó en Ayacucho. En su hogar, donde cuelgan cuadros pintados por Lonia, que recuerdan la tierra de Ipaty y de Nikita, se criaron sus tres hijos: Iván, Sonia y Alexis, de nombres tan rusos como la sangre que corre por sus venas. Todos ellos, al igual que Moisés y que Ipaty, han robado al cielo unos pedacitos y los han prendido en sus ojos. Algunos de sus nietos y su bisnieta llevan la misma marca color celeste.

Iván, el hijo de Moisés, el nieto de Ipaty, aquel que dejó el té humeante y buscó tierra americana. Iván, nieto de un ruso, es el actual encargado de la estancia Kakel. Él, su esposa Mercedes, y las cuatro niñas, viven en...la Rusa...

EL REGRESO

Herida de muerte se desangraba la tarde. Los árboles quietos, vestidos casi de negro, ofrecían sus ramas a las numerosas aves que iban callando, poco a poco, guardando para el día siguiente los trinos que saludarían una nueva alborada. Reclamaban la aparición de las primeras estrellas, sapos, ranas y otros bichos. O de las lluvias, tan insaciables son. Me preguntaba si las retamas dormirían o tratarían de descubrir al sol, fugitivo, que había ido dejando ramalazos de color en cada uno de sus pétalos. Las últimas tijeretas cruzaban el cielo tratando de cortar con sus colas las franjas rosadas, amarillas y violáceas que ese mismo sol iba dejando en busca de su ocaso. Un silencio y una paz, difíciles de describir, aunque quien vive en el campo los conoce, iba recostándose sobre la llanura como quien cubre suavemente con la sábana al niño recién dormido. Los últimos resplandores del día habían ido abandonando la vieja y elegante casa llena de recuerdos que soñaría, ilusionada, con la promesa de la restauración. Un gran cuerpo necesitado de alma, ésa que alguna vez tuvo, cuando habitaba en ella una condesa rusa.

Empiezan a chistar las lechuzas cuando cae la oración, esa hora incierta entre la vigilia y el sueño, la luz y la oscuridad, entre el día y la noche, cuando el oído le saca ventaja a la vista. La madre natura llama al descanso. El escenario es el mismo, todo sigue palpitando, aunque cambian los actores.

Los mugidos se escuchaban tan nítidos como los vuelos de los chajás que van a terminar sobre las ramas. Algunas luciérnagas encendían sus farolitos en un infructuoso intento de alumbrar la noche recién insinuada. Trotes y relinchos se habían llamado a sosiego. Faltaba poco para que empezaran a asomarse los otros animales, los que esperan la oscuridad para iniciar sus correrías y procurarse alimento. La noche tiene olor a peligro y misterio.

Borracha de soles, abanicada por brisas australes, mimada por juncos y arboledas, la gran dama de la llanura iba quedando atrás. Pronto iría la luna a mirarse en sus aguas mansas como un ritual milenario y repetido. Guardianas elegidas para cuidar los despojos de Pancho Ramos. Porque allí, en algún lugar cerquita de ella, él descansa en su tierra y hecho tierra volverá en planta, flor, semilla, ave, luz, memoria. Junto con sus greñas, ponchos y lanzas, ellos se llevaron para siempre ese secreto tan bien guardado.

Lenguas que callan, oídos que no escuchan. El olvido llega rápido.

Fueron sabios. Quizás evitaron uso y profanación. Y hablaron de pertenencia. El amor habla con muchas voces. Pero habla. Siempre habla.

El camino era el mismo, aunque se veía diferente. La luz del atardecer le cambiaba los colores al paisaje, desdibujaba los contornos; los animales que habíamos visto al llegar habrían buscado la seguridad de sus nidos y madrigueras

para pasar otra noche más. Sólo las piedras permanecían en sus lugares, inalterables y eternas.

Una quietud adormecida se iba extendiendo sobre los campos. La luz se batía en retirada y lentamente el silencio se iba instalando, un silencio de vida nocturna, como un enorme océano surcado, sin embargo, por muchos ruidos, intermitentes, suaves, apagados, algunos hasta casi adivinados. Ya la noche se empachaba de luna.

Como caen las gotas de rocío dejando el follaje para fundirse con el suelo, así me habían ido llegando, poco a poco, los hechos. Como voces que vagaran en el espacio y se juntaran viniendo hacia mí en galope desenfrenado, como manada de potros desbocados, irrumpiendo con fuerza inusitada y yéndose como vinieron. Como si el mar fuera el enorme corazón del planeta que arremete con ímpetu incontrolable violando las indefensas playas vírgenes, lamiendo piedras y caracolas, devorando inmóviles huellas, se retrae con la misma potencia volviendo a su propio seno, dejando por unos segundos en la orilla un encaje de espuma blanca que pronto se desvanece hasta desaparecer en la arena húmeda, para repetir una y otra y mil veces avances y retrocesos. Como un perpetuo movimiento de diástole y sístole. Yo me sentía esa arena húmeda. Había recibido ese aluvión de agua que con estremecedora fuerza me había atropellado y con el mismo ímpetu se había retirado, pero la humedad y la sal me habían penetrado. Un huracán de emociones había inquietado mi espíritu, dominado mis sentidos y alimentado mi imaginación que es, muchas veces, exagerada.

Necesitaba ver claro. Volver a pensar en lo que había visto y escuchado. Había sido una tarde muy intensa. Ya estábamos llegando al pueblo un poco más animado, con las luces encendidas y con gente por sus calles. Un domingo como tantos domingos. El día distinto de la semana. Sin horarios ni urgencias, dándose permiso para la reunión o el fútbol; elegir no hacer nada, o hacer todo lo que quedó inconcluso en días anteriores, sólo ver pasar las horas sentado en el patio o leer un libro, o disfrutar del encuentro familiar. Es como un licor dulce que se bebe lento saboreando cada sorbo tratando de no apurar las últimas gotas. Giran los autos alrededor de la plaza una y otra vez, de pronto estacionados sobre alguna de las veredas, mirando la gente que sale de la iglesia, habiendo cumplido con el precepto de la misa dominical; los bares donde empiezan a ocupar sus mesas los clientes, limpiadas con los mismos trapos trasnochados, sosteniendo aromáticos cafés u otras bebidas; sus ventanas con vidrios relucientes por donde todos miran: el que está adentro quiere ver quiénes pasan y los que pasan quieren ver quiénes están adentro. Bulliciosos adolescentes en las esquinas ignorando el mundo porque el mundo es de ellos, tan seguros están...alguien, de pie en el umbral, pensando vaya a saber qué

cosas mientras va dejando caer su mirada sobre los transeúntes; una cortina que se agita, una puerta que se abre; las bolsas cargadas con lo que será la cena improvisada, de último momento, aprovechando que aún los negocios están abiertos; porque llegaron amigos y nos juntamos a comer...se van yendo, ociosas y lentas, las últimas horas de domingo y descanso.

En Kakel habían quedado las niñas, mis tan amadas nietas, junto con las otras cuatro niñas y sus padres, esa hermosa familia que nos había recibido y nos había hecho disfrutar del lugar y de su historia. No sé si el día siguiente las despertaría con el sol, con los pájaros, con el apetito o con Mercedes sacándolas de sus camitas. ¡Lo que sí sé es que jugarán en la misma tierra que han pisado indios, militares, estancieros...y una condesa rusa!

Llegamos a mi casa, donde cambié el perfume de las magnolias por el de los tilos, que inundaba mi cuadra. Me despedí de mi hija, previo intercambio de las últimas opiniones de todo lo que habíamos visto y oído. Nos dimos un beso con un hasta mañana tan cariñoso como siempre, más que satisfechas con la tarde vivida.

Me asaltaban, nuevamente, los por qué, dónde, cuándo, cómo. ¿Existen nexos entre el pasado y el presente? ¿Son hechos aislados?

Una vez más la... ¿Casualidad?... haciendo piruetas sobre hechos y personas...como queriendo unir las cuentas de un collar cuyas perlas se habían dispersado.

¡Qué extraño destino! Este hombre, justamente este hombre, llegó desde Ayacucho hasta este lugar para dirigirlo, y para recibir el encargo de recuperar la casa donde había vivido la noble rusa; esa casa a la que llaman “la Rusa”...

LOS TRES ABUELOS

Mientras trajinaba por la casa mis pensamientos reiteradamente volvían a la estancia, a la historia, a las personas que habían dejado huellas tan profundas, casi diría imborrables, en mi interior. Mi mente trataba afanosamente de rememorar y poner orden en las ideas, de ubicar como en anaqueles de una biblioteca, lugares, fechas, sucesos, palabras. Tal vez la mención de José Luis Molina ayudó a que terminara de apasionarme con esta epopeya. Ignoro cómo transcurrió el resto de su vida, pero no puedo dejar de relacionarlo con mi tiempo joven en Carmen de Patagones, la evocación de aquella proeza y la visión del cerro donde ataron los caballos. Según dicen, terminó sus días en Tandil como coronel de milicias envenenado por orden de Rosas bajo cuyo mando había combatido.

Pensaba en un nudo de donde se escapaban las hebras que irían a atar historias posteriores...

Entre tantas preguntas que me hacía se me ocurrió cuestionarme cuál es el sentido de la pregunta. ¿Qué era lo que buscaba? ¿Una respuesta y he ahí el final? ¿O el placer se hallaba, precisamente, en nuevas preguntas que llevan a otras, éstas hacia otras y así sucesivamente? ¿Era un ejercicio mental que me proponía a mí misma? Pues ya sabía que no encontraría las respuestas...estaba escapando a los límites de lo racional, de lo tangible...como dejando de pisar la tierra firme...es que... ¿Somos acaso marionetas cuyos hilos dependen de un gran titiritero? ¿Hay lazos invisibles movidos por, vaya a saber quién, que por alguna rara coincidencia se enfrentan o se acoplan en un mismo lugar? ¿Estaremos parados sobre un enorme tablero de ajedrez donde cada pieza va a moverse obedeciendo a un orden sin azar posible? ¿Hay memorias ancestrales? ¿Reencarnaciones? ¿Explicaciones que aún la ciencia nos debe? ¿Es entonces la casualidad, el hecho fortuito, la que ocupa un lugar tan importante en nuestras vidas? ¿O sencillamente nada, cada suceso es un valor en sí mismo, aislado, sin antes, sin después? ¿Debiera acaso haber siempre un por qué? Se agolpaban los interrogantes...demasiados...

De algo me había convencido; estaba imaginando una gran telaraña cuyos filamentos se extendían alcanzando puntos muy lejanos; pero el núcleo era uno solo. Estaba empeñada en encontrar el corazón cuyos latidos escuchaba... o creía escuchar...pero no veía...

Al fin logré poner un poco de orden en mi cabeza y me atreví a llegar a una especie de síntesis. En forma de secuencia fotográfica se me reproducían las imágenes supuestas, inventadas, de los tres abuelos: Pancho Ramos, Pushkin e Ipaty.

A Ramos Mejía lo suponía moreno, como buen criollo; alto, tal vez, porque su historia agiganta su figura, con indudable capacidad de mando, mente lúcida y espíritu sereno, capaz de evangelizar y levantar montes, de enfrentar por igual al indio y al

pampero. Ese tipo de hombre que no sólo conoce la espina sino la razón de la espina. Ese abuelo, cuyo yerno fundó la ciudad donde vivo, Maipú, y descansa para siempre en la iglesia de Nuestra Señora del Rosario, tuvo entre sus nietos a Máximo Manuel, quien trajo abolengo europeo a nuestras pampas en la persona de Alexandra, la condesa, mezclando armiños con paja brava.

Pushkin, de noble linaje, el padre de las letras rusas, poeta que pertenece a la humanidad, que excede las fronteras de su propio país, dueño de una enorme sensibilidad que le llevó a escribir páginas memorables, el de la vida tan agitada, tuvo entre sus nietas a Adda, quien vendría a desposar a un hacendado argentino, viviría en Buenos Aires y pasaría sus veranos en Kakel, en “la rusa”, junto a la laguna Kakel Huincul, intentando, tal vez en vano, recibirse de criolla.

Y el otro abuelo, Ipaty, a quien imagino de ojos tan claros como los de su nieto, un día dijo adiós a las estepas, abandonó el té recién hecho en el samovar y echó a andar por donde le llevaran sus botas, las mismas que le habían arrastrado voluntariamente a pelear por su patria y a venir a la Argentina. Suelas gastadas por demasiados pesares. Ese nieto de nombre ruso y mirada celeste, Iván, tiene cuatro hijas y un hijo. Dos de las niñas, Victoria y Lucila, las del medio, son las amigas de mis nietas y las que me han robado el corazón. La mayor, Tania, y la menor, Maia, también tienen nombres rusos. Y la más pequeña, además de poseer los mismos ojos claros, tiene evidentes rasgos eslavos. Esta observación, la de las facciones, fue hecha por el patrón de Iván, el dueño de la estancia Kakel, el hombre que ubicó a la familia Onufrievich en este paraje. Y les encargó la casa. La “rusa”. Un hecho sin mayor importancia y sin razones para el asombro...salvo que ese señor, el dueño, es descendiente directo de Francisco Ramos Mejía ¡otra vez la casualidad!... ¿La casualidad?...

Este hombre, pasa la mitad del año entre las estancias Kakel y Santa Elena, ambas de su propiedad, y la otra mitad en Inglaterra, donde reside su esposa, quien posee título nobiliario...Inglaterra...el mismo lugar donde Adda y Máximo habrán empezado a escribir su historia de amor...un ganadero argentino y una noble inglesa...una historia repetida...

¿Un abuelo corajudo, otro genial y otro decidido...iluminaron, como luceros, rumbos a las generaciones siguientes? ¿Personalidades tan vigorosas sirven de patrón para quienes vienen detrás? ¿Seres dueños de un carácter indomable? ¿Soñadores? ¿Hacedores? ¿Tres enormes robles?

Mis pensamientos me llevaban, por un lado, luego por otro, y otro, indefinidamente mostrándome un panel de ciertos y de acaso, de misterio y eternidad, de tiempos sin tiempo, donde se agotaban las palabras y crecían las imágenes...se

transformaba en un laberinto...abría una puerta y aparecían otras... Rusia...Inglaterra...Kakel...se me escapaba...una conexión...la buscaba como una golondrina busca primaveras.

Por fin los abandoné. Razonablemente, sonaba absurdo. Pero... ¿Y Mercedes? Mercedes, una criolla de pura cepa, la esposa de Iván, la nuera de Moisés, la que tiene en sus manos la casa, “la rusa”, por decisión del chozno de Ramos Mejía; la que encontró entre unos viejos libros en casa de sus suegros un papel arrugado y amarillento, con unos pocos datos escritos a mano del abuelo Ipaty.

¿Es ella la artesana que se sienta ante el telar y ha tejido, sin saberlo, una trama entrañable con hilos de vida que cruzan los mares y se anudan en Kakel?

Desde siempre, la mujer teje. Cada día, con fibras calientes, su vida, y la de quienes la rodean. Con agujas de entrega y puntos de amor entrelaza a cada minuto las hebras de su labor, que empieza con ella, pero no termina; la continuarán sus hijas y las hijas de sus hijas. La mujer tiene los brazos abiertos con las manos hacia adentro como sosteniendo una cesta donde caben el niño y su llanto, la anciana vencida, alguien con frío, un vecino en apuros, la amiga y su dolor; esa misma cesta donde caen los ovillos que ella tejerá. El hombre la proveerá de lana, porque la ha conseguido con sacrificio y sudor, pero no sabe qué hacer con ella. Y ahí está la Mujer, con el tejido entre los dedos, poniendo color y calor al cada día, logrando el abrigo protector y cálido. La tibieza de sus manos se traslada a todo lo que toca.

Ellos, los tres abuelos, fueron el grito en el murmullo, los que abandonaron la caravana, los que intentaron saltar más alto para alcanzar una estrella, los que encontraron el oro de los ovillos que tejerán la vida. Otra vez aparece ella, la Mujer que aguarda, la Mujer que engendra porque, naturalmente, recibe y da; y usará esas madejas para la tarea que es suya, irremediamente suya: la carta escrita con el pulso firme, la luz que no se apaga, la noche despierta si la calma no ha llegado, la sonrisa que comprende, el reto donde más duele; es también el roble, ese roble que aguanta los temporales y da su sombra cuando hace falta, el agua que calma la sed, el bálsamo que sana heridas, el beso fácil, la caricia pronta, el abrazo siempre.

Ahí está Magdalena, continuando la obra de su padre en Kakel y criando sus vástagos; no le continuará su hijo, Máximo Manuel, sino la hija de éste, Estela, su nieta. Vendría a compartir esa misma tierra, desde Inglaterra, su nuera, Adda. Y su nieta habrá dejado, como lo dice su nombre, una huella profunda y visible para que pudieran seguirla sus propios hijos, quienes levantarán la casa, “la rusa”; y llegaría, muchos años después, Mercedes a juntar todos estos retacitos con los que trajo de su marido, como confeccionando un gran acolchado donde cada cuadradito nos cuenta una historia diferente, aunque cosidas con el mismo hilo.

Todo esto ocurría en Kakel, el nudo, y a orillas de la laguna, esa otra mujer, hija de la tierra, útero natural donde se gesta y se desarrolla la vida. El agua. El principio.

La mujer es tierra, raíz, fuerza, compendio, entrega, vida. Mil nombres para nombrarla. Uno para definirla: Madre con M de Mujer o Mujer con M de Madre.

Se había hecho tarde. El cansancio iba ganándole espacios al cuerpo, aunque mi mente continuaba activa. No tardaría en llegar el sueño. Iba a quedarme dormida invadida por un gozo infinito. Creo que hasta con una sonrisa dibujada en mis labios. Me había asomado fortuitamente por una ventana a espiar un pedazo de historia, tan rica y hermosa, que me había conmovido profundamente; hasta música parecía tener, desde guitarras a balalaikas.

Habían desfilado ante mí figuras y años, sentí que me estaban pidiendo que no los olvidara, que por alguna rara conjura nos habíamos encontrado. Ausencias que se me volvieron presencias, nada más quitándoles un poco del polvo que el tiempo había ido depositando. Desde Francisco Ramos Mejía a su nieto Máximo, de Pushkin a Adda, de Ipaty a Iván, “la rusa”, Mercedes, la estancia Kakel, su dueño, la laguna...mientras una promesa de frutas maduras llenaba el aire que respirábamos...

Me propuse que al día siguiente trataría de escribir, a duras penas, y como Dios me ayudara, todo lo que recordara, agregando, además, mis propias sensaciones. No sabía si lo lograría, pero iba a intentarlo. Y en ese intento iba a poner un poquito de mi alma.

Nunca encontré el corazón. La imaginación se escurre como arena seca entre los dedos y la racionalidad se impone...

Desde unos andenes plenos de historia y junto a unos viajeros excepcionales, me había trepado a un tren de fantasía, secretos y encanto, sabiendo que iba a ninguna parte, que no habría una última estación donde apearme, simplemente me dejé llevar... recorrer kilómetros sin moverme del lugar...cruzar montañas, atravesar mares y llanuras sentada en una silla...sentir el acre olor de la pólvora y el retumbar de los cascos mientras acariciaba el pelito de las nenas...mirar por la ventanilla sólo lo que quería ver...trasladarme en el tiempo mientras tomábamos mate...y un perfume de magnolias nos envolvía...

Tal vez los latidos, esos que creía escuchar, duermen en lo más hondo de cada persona, anhelando ser oídos, a veces despiertan porque un ángel pasa muy cerca y al rozarnos con sus alas azules nos invita a volar. Quizás ese mismo ángel, al encontrar algunos robles, haya soplado con su aliento celeste las ramas, algunas hojas se hayan desprendido e, inexplicablemente hayan caído...una tarde...en algún lugar de la laguna.



Francisco Hermógenes
"Pancho" Ramos Mejía
1773-1828



Maria Antonia de
Seguro y Roxas
1860



INDICE

Rumbo a Kakel
La estancia
Pancho Ramos
La laguna
El fuego
Arina Rodiónovna
Ella
Los emigrados
El regreso
Los tres abuelos

Mil gracias:

A mi padre, quien me enseñó a amar los libros y la música. Desde algún lugar me estará mirando.

A mi hija mayor, Julia Elena, que me ayudó tanto en la búsqueda de datos.

A mi nieta mayor, Maite, que hizo uso de toda su paciencia para ordenar todo este fárrago de información mediante el uso de la tecnología.

A la familia Ramos Mejía quienes, sin conocerme, me confiaron tanta información, y en especial a los señores Julio Landivar y Ricardo Saguier.

Al Taller de Narrativa de la Municipalidad de Maipú, al que concurro hace tantos años, porque siempre están, porque me han dado las herramientas para poder llegar a esto y en especial a nuestra excelente profesora Señora Ana Laura Spina.

A la Señora María Teresa Salegui de Constanzo, quien me dibujó con palabras por teléfono la figura de la condesa rusa.

A la Señora Ana Dudeico. Su memoria me acercó a las familias Dudeico y Onufrievich, quienes venían del mismo lugar y mantuvieron la amistad siempre.

A la Señora Lorena Zubiarrai, quien al enterarse de este trabajo, me invitó a la escuela que dirige, para vivir el gratísimo momento de contarles a los chicos lo poco que sé de Ramos, quienes me escucharon con una enorme atención.

A la familia Onufrievich, quienes, al abrirme la puerta de su casa, me permitieron descubrir parte del mundo que iba a abrirse ante mis ojos y oídos.

A mi amigo Nahuel, quien supo leer mis sentimientos y plasmarlos en la tapa dibujada que encierra mis vuelos.

A mi familia toda; sin su amor no hubiera encontrado las fuerzas para seguir andando la vida.

Y a todos aquellos que, desinteresadamente, de una forma u otra, me fueron arrimando datos para armar esta historia. Pido disculpas si olvido algún nombre, pero fueron muchos los que me tendieron una mano.

Un agradecimiento especial a la Secretaría de Cultura, Educación y Turismo de Maipú por dar a luz este trabajo que nació en el Taller de Narrativa, como así también me brindaron el de Lectura, Pintura y Guitarra.

Aclaración de la autora:

Quiero dejar en claro que esta obra es una mezcla de ficción, enmarcada en momentos de nuestra historia, situaciones y personas movilizadas por mi imaginación.

No soy investigadora. No soy historiadora.

Sí puedo asegurar que los datos históricos son ciertos, buscados en libros, publicaciones, aportes de personas conocedoras, internet, etc.

Lo demás es imaginación comenzada a escribir en una serie de clases de taller y, gracias a la riqueza de los personajes, fui hilvanando esta historia, envuelta en el tiempo, la memoria, el coraje, y un solo corazón uniéndolos.

Fuentes consultadas:

A.S. Pushkin. 1970. Biblioteca Básica Salvat Salvat Editores.

Pérez Pardella, Agustín. 1983. "El ocaso del guerrero". Editorial Bruguera Argentina SAFIC.

Barbieri, Juan José. 1978. "Maipú. Por tus primeros cien años". Escuela de Artes Gráficas Mar del Plata.

Hombres y hechos en la Historia Argentina – Abril Educativa y Cultural S.A.

Zicolillo, Jorge. 2013. "Damasita Boedo y enigma de la muerte de Lavalle". Ediciones B. Argentina S.A.

Un estanciero, doctrinario y original. Francisco Ramos Mejía 1773-1827 – Conferencia del Ingeniero José María Bustillo en el Centro Argentino de Ingenieros el 8 de Octubre de 1957 (gentileza Silvina Cacheiro).

Gramigna, Iver. Tomo 1, 1982. "Por los pagos de Monsalvo". Municipalidad de Maipú.

Boletín electrónico de la Asociación Amigos del Museo Kakel Huincul.

Abad de Santillán, Diego. 1971. "Historia Argentina". Tipográfica Editora Argentina.

Ramos Mejía, Enrique. 1988. "Los Ramos Mejía". Capítulo 6 al 19. MC Editores

Pedros, Alfredo. "Guardia de Caquelguincul". Amigos del Museo Kakel Huincul Maipú.

Páginas Consultadas:

<http://www.genealogiafamiliar.net>

<http://www.gw3.geneanet.org>

<http://Lavallerural.blogspot.com>

<http://en.wikipedia.org>

<http://blog.myheritage.es>

<http://lugaresehistorias.blogspot.com.ar>

<http://lagallineta.blogspot.com.ar>

www.ramosmejialamatanza.com.ar

www.mardelplata-ayer.com.ar

<http://www.20.knowledgres.com>

<http://www.geocities.com>

<http://historia-mateyvenqa.blogspot.com.ar>